

BOLSILIBROS

Oeste



OESTE  
LEGENDARIO

# Lou Carrigan

HA PASADO UN MARSAHALL



Lectulandia

Dale Dallas entró en su habitación del Cactus Hotel, el mejor de Rincón, territorio de Nuevo México. Cerró la puerta y miró a su alrededor.

**Lectulandia**

Lou Carrigan

# **Ha pasado un Marshal**

**Oeste Legendario - 84**

ePub r1.0

Titivillus 03.06.2019

Título original: *Ha pasado un Marshal*  
Lou Carrigan, 1989

Editor digital: Titivillus  
ePub base r2.1

---

más libros en [lectulandia.com](http://lectulandia.com)

---

# **HA PASADO UN MARSHALL**

LOU CARRIGAN

## CAPÍTULO PRIMERO

Dale Dallas entró en su habitación del Cactus Hotel, el mejor de Rincón, territorio de Nuevo México. Cerró la puerta y miró a su alrededor.

Todo estaba bien. Cuando un hombre ha cabalgado como nunca en su vida (y esto era una gran cabalgada para un hombre como Dale), cualquier cama le parece la mejor del mundo. Aquélla, además, tenía aspecto de ser, de verdad, la mejor del mundo que conocía Dale Dallas.

Lo primero que hizo fue quitarse las botas todavía apoyado en la puerta. Lo segundo qué hizo fue mirarse los enormes agujeros en las puntas de sus calcetines. A veces se preguntaba si valía tomarse la vida de aquella manera... que tantos calcetines costaba... Ser marshal no era ningún regalo.

Después de quitarse las botas, de mirarse los calcetines y de pensar todo esto, suspiró. Era el suspiro de un hombre que sentía las piernas torcidas de tanto cabalgar. Las sentía torcidas como si de verdad lo estuviesen, pero Dallas no era hombre de piernas torcidas, sino muy rectas y muy largas. Algunas veces, cuando se miraba los pies, se preguntaba si eran realmente suyos o de otro hombre puesto a continuación de él.

—Qué horror... Siento como si todavía fuese a caballo...

Después de pensado esto, tiró a un lado el grandote maletín de tela de alfombra. Luego, se acercó a la cama, se quitó la cazadora, el revólver y el sombrero.

Y, por fin, sacó de un bolsillo de la camisa su placa de marshal. Era una bonita y limpia placa, que llevaba marcado aquello de «Deputy, U. S. Marshal»: Dallas la frotó en su camisa, después de echarle un poco del poco aliento que le quedaba. La volvió a mirar, guiñó un ojo y comentó:

—Me parece que tú también tienes ganas de descansar.

Se sentó en la cama y se quitó los calcetines, una vez guardada de nuevo la placa. Tenía la impresión de que los pies se le iban agrandando por segundos, con la amenaza de convertirse en barriles. Aquélla había sido la gran jugada. No era justo que un tipo estuviese descansando y que entonces recibiese un telegrama en estos términos:

«Vaya ahora mismo a Rincón y espere llegada de Rick Cline, marshal, en diligencia procedente de Albuquerque. Punto. Colabore con él en solución definitiva asunto sobre el cual usted ya recibió instrucciones. Punto. Urge. Punto. Caballos reventados serán pagados por Gobierno. Punto. Saludos y suerte.

Gold».

Caballos reventados serán pagados por el Gobierno. Bueno, pero ¿qué pasaría si el reventado era el propio Dallas después de aquella cabalgada? ¿Acaso el dinero del Gobierno sería suficiente para crear o conseguir otro Dale Dallas?

—Al diablo... Ahora voy a dormir...

Estaba a medio echar en la cama cuando se incorporó bruscamente. Como sobresaltado, se puso en pie y fue hacia la ventana de su habitación. Miró por ella. Bueno, pues el caballo no estaba allí, en la barra, lo cual quería decir que el pobre animal también iba a descansar.

Más tranquilo con su conciencia, Dale volvió a la cama, la miró cariñosamente y se tumbó. Había cabalgado tanto y tan de prisa que seguramente disponía de tres o cuatro horas antes de que llegase aquella diligencia en la que viajaba otro marshal, llamado Rick Cline.

Cuatro horas para dormir.

Cerró los ojos y sonrió como un ángel.

Pues entonces, en aquel mismo momento, oyó aquello. Aquello sólo podía ser la diligencia entrando en Rincón, territorio de Nuevo México. Se oía el característico ruido del cachivete, el nutrido galope de los seis malditos caballos, el tintinear de las campanillas de sus collares...

—Oh, no, no, no...

Se sentó en la cama, malhumorado, se pasó las manos por la cara y volvió a suspirar.

Y entonces se dio cuenta de que algo extraño estaba sucediendo afuera, en la calle, y se quedó con las manos en la cara, con un solo ojo en acción por entre los dedos de su mano izquierda. Un ojo que mostró un relámpago de sorpresa primero y de alarma inmediatamente.

Jamás ninguna diligencia llegaba a ningún lugar habitado sin que se oyesen gritos de bienvenida, bromas, aullidos, risas y, en algunos casos, incluso disparos.

Y, sin embargo, aquélla llegaba en el más completo silencio. Sólo se oían los ruidos propios del vehículo y de los caballos. Por lo demás, un silencio completo. Era como si la diligencia estuviese llegando a una ciudad fantasma.

Dale Dallas corrió otra vez hacia la ventana y vio la diligencia. Normalmente, en el pescante debían, haberse visto dos hombres, pero Dale vio a uno nada más. Luego, vio otra cosa, que distrajo su atención de aquel hombre al que había creído reconocer. La cosa que vio eran unos pies. Una de las portezuelas de la diligencia estaba abierta y un par de pies asomaban por ella, con las punteras apuntando al cielo, moviéndose lánguidamente, como si los pies estuviesen rotos.

Volvió a mirar al conductor del vehículo. Claro, cualquier hombre puede equivocarse, pero sólo hasta cierto punto. El que conducía la diligencia era...

—¡Han asaltado la diligencia! —gritó temblorosamente alguien, en la calle.

Dale Dallas respingó, regresó junto a sus calcetines y sus botas y se dispuso a calzarse. Miró los calcetines con gesto huraño y luego hacia la maleta de tela de alfombra. Decididamente no era el momento apropiado para perder tiempo buscando unos calcetines nuevos en el embrollo del maletín, así que se puso los viejos, rotos y sudados, mirando con disgusto el dedo gordo, mugriento. Había prescindido del baño para poder descansar y...

—¡Maldita sea! Si la diligencia llega ahora es que no he galopado tan de prisa como creía.

Se puso los calcetines, las botas, la cazadora, el sombrero y el revólver. Luego, salió a toda prisa de su habitación.

\* \* \*

—¡Rom! —gritó alguien en la puerta de la oficina—. ¡Han asaltado la diligencia!

La puerta quedó abierta y Rom Struck, *sheriff* de Rincón, salió corriendo, escupiendo tabaco de mascar a diestra y siniestra. No era el único que corría. Todo Rincón parecía querer reunirse en el parador de la New México Overland.

Cuando Struck llegó allá, algunos hombres estaban bajando los cadáveres. Rom Struck miró hacia el pescante.

—¡Elizah! ¿Qué ha ocurrido?

El hombre que había llevado la diligencia hasta Rincón encogió los hombros.

—Nos asaltaron.

—¿Quiénes?

El llamado Elizah gruñó algo, escupió hacia un lado y gruñó más todavía:



—El Presidente —dijo acremente—. ¿Cómo diablos quieres que yo lo sepa? Llevaban la cara tapada con los pañuelos y todo lo que puedo decirte es que aparecieron de pronto, uno se subió al pescante, me dio un golpe con su revólver y cuando me desperté estaba solo... con los muertos.

—¿Cuántos eran?

—Creo que... dos. Dos o tres.

Hubo un largo silencio. Todas las miradas cayeron sobre Elizah Bartunek.

—¿Dos o tres? —musitó Rom Struck—. ¿Y sólo dos o tres hombres han matado a los pasajeros, al conductor, te han golpeado a ti y han podido escapar?

—Eso parece... ¿No?

—¿Y por qué no te mataron a ti, Bartunek? —preguntó alguien.

Elizah Bartunek volvió a escupir.

—¿Qué ganaban con ello? —deslizó—. ¡No pude reconocer a ninguno de ellos...! Además, la chica también ha quedado viva... O eso me pareció a mí, al menos.

Todos los presentes comenzaron a hablar a la vez. Desde el principio había sabido que sólo un loco como él llevaría la diligencia a Rincón, con todo el riesgo que esto significa de acuerdo a lo que todos pensaban ya de él con anterioridad.

Y cuando las caras comenzaban a mostrar los pensamientos del pueblo, Elizah Bartunek vio llegar corriendo al patilargo rubio que parecía a punto de rodar por la acera de tablas de un momento a otro.

\* \* \*

Dale Dallas entró en el parador de la New México Overland como si de ello dependiese su vida, resoplando. Enseguida vio el grupo de gente que encerraba en un círculo a algo que yacía en el suelo del parador, y entonces sintió como un cubo de agua helada en el pescuezo, de modo que se calmó y se acercó allí con toda parsimonia, apartando fácilmente a los curiosos.

Eran tres hombres y una mujer.

De los tres hombres no podría conseguirse ya jamás ni un solo soplo de vida. Tenían el pecho lleno de sangre y su aspecto era definitivamente trágico. Uno de ellos parecía un pistolero. Era muy joven, de cabellos rojos y barbilla sin un solo pelo. Llevaba dos revólveres, pero, al parecer, no le habían servido de nada. El otro hombre era un indio. Un indio que, Dale lo sabía perfectamente, era un apache-pueblo. Llevaba una cinta amarilla en torno a la

frente y unos pantalones y un chaleco de piel de gamo, viejísimos. El tercer hombre iba vestido con cierta seriedad: chaqueta, camisa blanca, chalina, pantalón oscuro, botas de calidad... No debía tener más de treinta y cinco años y su rostro todavía se mostraba enérgico, duro, firme.

La mujer podía ser bonita o fea, alta o baja, rubia o morena. A Dale Dallas eso no le importaba lo más mínimo. Lo que le importaba era el hombre del rostro enérgico, junto al cual estaban colocando en aquél, momento a un cuarto hombre, cuyo aspecto rudo y polvoriento lo definían, con pocas probabilidades de equivocarse, como el conductor de la diligencia; también parecía muerto.

Dale se acuclilló junto al hombre, que le interesaba y comenzó a registrarlo, sin hacer caso del murmullo hostil de la gente que rodeaba los cadáveres.

Alzó la mirada, mirando de lado a los más cercanos.

—Cállense —gruñó—. Sería mucho mejor que apartasen de aquí a la mujer y la llevasen a un lugar más apropiado que entre cuatro cadáveres para cuando recobre el conocimiento.

Hubo un instante de vacilación, pero un hombre se inclinó sobre la mujer y dos más le imitaron inmediatamente, llevándosela hacia las oficinas.

Dale sabía que no iba a encontrar nada que le interesase en los bolsillos del hombre muerto, que era ni más ni menos que Rick Cline, el marshal con el cual tenía él que colaborar en la solución del asunto que los tenía movilizados. Rick Cline ya no necesitaba colaboración para nada y, por supuesto, ningún asunto podría ya solucionar. Y, en efecto, nada había en los bolsillos de Cline que interesase a Dallas. Era lógico por dos motivos. Uno, que Cline no había sido un estúpido y, por lo tanto, no llevaría el plano al alcance de cualquiera.

Dos, que si así hubiese sido, los hombres que lo habían matado se lo habrían quitado.

Quedaba la posibilidad de que el plano lo llevase el indio, que, si no estaba equivocado, era el apache-pueblo llamado Jacinto. Pero tampoco él lo tenía.

Y así, Dale Dallas se sintió terriblemente desalentado además de muy cansado.

Entonces se dio cuenta de que estaba solo, lo cual era ciertamente insólito. Tan insólito, por lo menos, como el silencio que reinaba en la calle principal de Rincón.

Se puso en pie y salió del parador. El sol de la tarde parecía llegar justamente del principio de la calle y daba de lado en el numeroso grupo de hombres que estaban rodeando la diligencia, en silencio, en actitud amenazadora. Algunos de ellos llevaban cuerdas en las manos.

En el pescante de la diligencia todavía, Elizah Bartunek, el guarda, tenía en sus manos una enorme escopeta de dos cañones, pero no parecía dispuesto a usarla. Miraba con fría indiferencia hacia el grupo silencioso y amenazador que le iba rodeando cada vez más estrechamente. Al pie de la diligencia, el *sheriff* de Rincón mantenía la mano sobre la culata de su revólver, como dando a entender que no permitía el linchamiento. Pero estaba muy pálido y demasiado indeciso para que su ayuda resultase efectiva para Bartunek.

Entonces, Dale Dallas se acercó al borde de la acera y saludó, muy sonriente:

—Hey, Elizah, viejo cuervo, ¿qué es de tu vida?

Bartunek lo miró, también sonriente.

—Hola, Dale. ¿Sigues bien?

—Perfectamente. Anda, baja de ahí, qué vas a ayudarme a algo. No vas a necesitar la escopeta, Elizah.

Bartunek asintió con la cabeza.

—Lo que tú digas, Dale.

Dejó la escopeta a un lado y pareció dispuesto a bajar del pescante. Entonces, los hombres con cuerdas dieron un paso más hacia la diligencia, en silencio, y Rom Struck palideció un poco más todavía.

—Creí que estabas de capataz en un rancho de por aquí, Elizah.

—Lo estaba.

No parecía que Bartunek tuviese muchas ganas de hablar, de modo que Dallas se mostró discreto.

—Tiempo habrá para conversaciones, Elizah. Diablos, te juro que me alegro mucho de verte.

Elizah Bartunek no contestó con palabras. Sonrió, y una de sus toscas manos se posó en un hombro del marshal. Eso fue todo, pero Dale Dallas no necesitaba más para comprender que era correspondido.

Cuando iba a decirle algo a Struck, vio acercarse a un muchacho de escasos veinte años, de ojos muy grandes y barbilla redondita, alto y delgado. Tenía aspecto de niño que ha crecido por sorpresa. Arrastraba una vieja carabina de cinco tiros, 44-40, y llevaba un revólver feote, de los que Dale sabía tenían el cañón hexagonal. Un solo tirante, de ropa, sostenía sus pantalones, cruzándose en el pecho.

—Hola.

—Hola. ¿Qué tal? —sonrió Dallas.

—Bien. ¿Le ayudó?

Elizah Bartunek soltó una risita y Rom Struck masculló algo. Dale miró con relativo asombro al muchacho.

—¿Me ayudas, chico? ¿A qué?

—A lo que quiera.

Dallas miró al *sheriff* interrogativamente.

—Éste es Charlie —dijo Struck—. Se ha empeñado en ser ayudante mío, en servir a la ley. Se pasa el día siguiéndome, arrastrando la carabina y ese trasto descalibrado que él llama revólver.

—¿Es belicoso?

Struck quedó estupefacto. Luego, se echó a reír.

—¿Charlie? ¿Belicoso Charlie? ¡No!

—¿Tiene usted ayudante, *sheriff*?

—No. Oiga, pero no pienso admitir a Charlie como... Bueno, a menos que a usted le parezca conveniente...

—Haremos algo mejor... —Dallas miró de nuevo al muchacho—. Mucho mejor, Charlie. ¿Quieres ser ayudante mío?

El rubio jovencuelo se quedó inmóvil, muy abiertos los ojos. Su mirada fue de los de Dallas a la placa de marshal y nuevamente a los ojos de Dallas.

—¿De veras es usted marshal?

—De veras, Charlie.

—Bueno, yo haré lo que usted me diga, caray...

—Perfecto, Charlie. Escucha, entra ahí y aparta a la gente de cerca de los cadáveres. Menos unos cuantos hombres, que van a ayudarte a llevarlos a la funeraria. Luego, llevas a la dama al mejor hotel de Rincón, que es precisamente el mío, el Cactus. Y luego vienes a buscarme a la oficina del *sheriff*. ¿Entendido?

—Sí, señor... ¿Puedo..., puedo decir que trabajo para usted?

Dallas le palmeó un hombro, con simpatía.

—Caramba, Charlie... «Debes» decirlo. ¿Comprendes?

—¡Sí, señor!

El muchacho echó a andar precipitadamente hacia el interior del parador, pero Dale le llamó:

—Eh, tú: Charlie..., ¿quemas?

—McCoy. Charlie McCoy.

—Yo soy Dale Dallas. A lo tuyo.

El chico desapareció en el parador y Bartunek dijo:

—No olvidas nunca nada, ¿eh, Dale?

—Bueno, cuando yo tenía su edad, un viejo cuervo fue amable y bueno conmigo. El bien que se recibe hay que traspasarlo luego a alguien, viejo cuervo —miró irónicamente a Struck—. Creo que no sabemos su nombre, *sheriff*. Es decir, no lo sé yo.

—Rom Struck, perdone.

—Vayamos a su oficina y allí...

Dale Dallas quedó inmóvil, silencioso, atenta la mirada. Siete jinetes estaban entrando en Rincón. Siete hombres de aspecto peligroso, llenos de polvo, hosco el gesto. Cinco de ellos no merecían especial interés una vez rápidamente clasificados. Los otros dos, sí. Uno vestía mejor, con más cuidado en su aspecto. Debía tener treinta años, llevaba un solo revólver, en una funda con la punta cortada y no demasiado baja, y su rostro era agradable. Lo habría sido más de no mostrar un gesto tan duro y frío.

El otro jinete todavía interesó más a Dale Dallas. Era un indio y el marshal sabía de éstos lo suficiente para clasificarlo en el acto como perteneciente a los pueblos entroncados con los apaches. Un apache-pueblo igual que Jacinto, el indio muerto en compañía de Rick Cline, el marshal que ya no realizaría ninguna misión.

El grupo de jinetes pasó por delante de la diligencia, mirando con cierta curiosidad, sin demasiado interés, a ellos y al vehículo, y siguieron calle adelante, hacia el centro de Rincón.

Dale preguntó:

—¿Son de aquí, Struck, de Rincón?

—No.

—Pero ¿los ha visto antes?

—No. Por lo menos no los recuerdo.

Los vio desmontar ante un saloon, trabar los caballos a la barra y entrar en el local. Al parecer no sentían interés por nada que no fuese aclararse un poco la garganta. Y, de todos modos, era muy posible que no tardasen mucho en continuar la cabalgada.

## CAPÍTULO II

Elizah Bartunek miró con el ceño fruncido a Dale, que sonrió y señaló de nuevo el interior de la celda.

—Vamos, hombre, entra ahí.

—Escucha, Dale...

—Oh, no seas tonto, Elizah. Querían lincharte, ¿no es eso? Bueno, pues será mejor que no nos compliquemos la vida. En la celda estarás seguro mientras yo intento averiguar algo.

—Algo... ¿sobre qué?

—Sobre el por qué querían lincharte, Elizah. Ya que tú no me lo dices, tengo, que enterarme por otros medios.

Bartunek entró en la celda, se sentó en el camastro y escondió el rostro entre las manos. Dallas quedó apoyado en el hierro de la juntura de la puerta, cruzados los brazos, en silencio, mirando pensativamente a su amigo Elizah; el viejo amigo Elizah, que tan bondadoso había sido con él años atrás y durante bastante tiempo.

Así transcurrió más de un minuto. Entonces, Elizah alzó la cabeza y miró al marshal.

—Creen que yo he tenido algo que ver en el asalto, Dale.

—No digas tonterías.

—No digo tonterías, ellos piensan eso.

—¡Qué absurdo! ¿A quién se le va a, ocurrir pensar eso de ti?

—A muchos.

Dale Dallas parecía muy desconcertado.

—Oh, vamos, Elizah, déjate de bromas y...

—No son bromas, Dale. Lo creen. Tengo... mala fama.

Esta vez el marshal quedó completamente desconcertado.

—¡Mala fama! ¡Vete al diablo! ¿Qué maldita mala fama puedes tener tú, vamos a ver? ¡Por...! Escucha, toda tu vida has sido el tipo más estúpidamente honrado que yo he conocido. ¿No es así?

—Tendré... que marcharme. Sí, me marcharé de Rincón. Nadie... Casi nadie va a echarme de menos, Dale. Me marcharé... Y ya no..., no podré volver a verla...

—¿A quién?

—A Jessica... Oh, ¿qué importa eso, Dale? Me siento cansado y triste, deprimido. No tengo ganas de hablar, Dale.

Dallas parpadeó lentamente, frunció el ceño, fija su mirada en el viejo amigo últimamente bastante olvidado.

—Bien... Creo que saldré un rato a ver si Charlie ha hecho las cosas como corresponde. Hasta luego, Elizah.

Bartunek no contestó. Había vuelto a apoyar la cabeza en las manos y era evidente que sus pensamientos no eran alegres. Dale salió del departamento de celdas muy serio.

Cuando apareció en la oficina, Rom Struck estaba ordenando precipitadamente los papeles y objetos de su mesa. Desde allí, por encima de las medias cortinillas, se veía la calle. Había un armero, una percha, unas sillas y un tablero para avisos.

—Struck, ¿qué pasa con Elizah?

El *sheriff* suspiró. Señaló a Dallas su propio sillón ante la mesa de la oficina y él se sentó en una mesa. Sacó dos cigarrillos muy retorcidos.

Los encendieron. Entonces, Rom Struck dijo bruscamente: —Según parece, Elizah es un ladrón, Dallas.

El gesto del marshal fue primero sorprendido y luego muy agrio, despectivo.

—No diga tonterías.

—Bueno, yo voy a contarle lo que pasó, y usted ya se las arreglará con Elizah y con usted mismo. Parece que se conocen hace tiempo, ¿eh?

—Fue como un padre para mí cuando yo necesitaba ese padre, Struck. Luego, yo decidí que no me gustaba tanto el ganado como para pasarme la vida oliendo a vaca y tomé otro camino... Hacía tiempo que no veía a Elizah. Pero el tiempo no puede cambiar a un hombre como él. Nunca hará nada que no sea honrado.

—Eso pienso yo —suspiró Struck—. Pero hay quien no lo cree así. Elizah trabajaba como capataz en el Círculo Dos Puntos, de Josuah Reisinger. Un día faltaron tres mil dólares en el despacho de Josuah Reisinger. Se acusó de ello a Elizah. Él era el capataz. Tenía entrada en la casa en todo momento. Y precisamente aquella tarde sólo él, de todo el equipo, había estado en la casa.

No habían tenido visitas. No había ido nadie a ver a los Reisinger o a charlar con ellos.

—Bien. ¿Qué dijo Elizah?

—No dijo nada. Josuah Reisinger lo llamó más tarde a su despacho, habló con él. Cuando la conversación terminó, Elizah salió de la casa, se marchó del Circulo Dos Puntos. Josuah Reisinger quería su dinero, pero no se pudo probar que Elizah lo hubiese robado. No parecía tener demasiado dinero cuando se vino a vivir a Rincón. La cosa corrió de boca en boca, pero nada pudo probarse contra Elizah.

—Bien. Él negaría el robo, naturalmente, y en ese caso...

—No negó nada. Su comportamiento era... casi molesto para los demás, Dallas.

—¿Molesto?

—Él nos miraba como si fuésemos tontos o algo así. La verdad es que todos están convencidos de que él robó aquel dinero.

—¿Y usted?

—Yo sólo soy el *sheriff* de Rincón. Mi opinión no cuenta para estas cosas. Detuve a Elizah, bien a mi pesar, pero tuvimos que soltarlo. Cuando salió de aquí, Jess le estaba esperando afuera, con el nuevo...

—¿Quién es Jess?

—El hijo de Josuah Reisinger. Estaba en la calle, esperando a Elizah en compañía del nuevo capataz, un muchacho casi tan joven como el propio Jess. Se llama Robert Dowdy. Jess esperó a que Elizah le viese y se echó a reír delante de él. «Hey, viejo ladrón, ¿qué tal se está ahí dentro?». Dicho esto, se echó a reír, y Dowdy también rió. Elizah fue hasta donde estaba Jess, lo desmontó tirando de una pierna y luego le partió la boca de un puñetazo. Robert Dowdy quiso ayudar al hijo de su patrón y desmontó dispuesto a darle una lección a Elizah. Dowdy es un chico alto, muy fuerte, un peleón. Seguramente Elizah lo habría pasado muy mal de no intervenir Jessica, que había venido a Rincón con su hermano y Dowdy, a comprar algo.

—¿Quién es Jessica?

—La hija de Josuah Reisinger, hermana de Jess. Ella impidió que Dowdy golpease a Elizah.

—Ya veo. ¿Qué hacía usted mientras tanto?

—Yo estaba saliendo ya de la oficina, pero no habría podido impedir que Dowdy lastimase seriamente a Elizah. Lo hizo Jessica.

—¿Cómo es Jessica?



—Espere a conocerla —sonrió ampliamente Struck, brillantes los ojos—. Le aseguro que vale la pena.

—No pienso conocerla.

—¿No? —Struck parecía divertido—. Bueno, no podrá evitarlo, porque ella vendrá aquí en cuanto se entere de lo ocurrido. Es la única persona que parece querer a Elizah.

—Ya somos dos. ¿Qué más pasó?

—Nada más. Yo conseguí que admitiesen a Elizah en la New México Overland. Podía haberse ido a cualquier otra ciudad, pero creo que él no quiere alejarse mucho de Jessica. Y se quedó. Es un cabezota.

—Eso lo sé muy bien. Veamos si lo he entendido: ¿todos creen ahora que, porque se le acusó una vez de ladrón, Elizah tiene algo que ver en el asalto a esta diligencia?

—Bueno... Es el único hombre superviviente, ¿no? Y como todos creen que él haría cualquier cosa por dinero...

—¿Incluso ser idiota?

—¿Qué...?

—Póngase en su lugar. Asaltan la diligencia, consiguen un buen botín y él se molesta, después de haber estado en combinación con los asaltantes, en traer la diligencia hasta Rincón.

—Puede ser un ardid para que no sospechen de él.

—Oh, claro, claro. Pero han querido lincharle. ¿Cuánto dinero venía en esa diligencia?

—Creo que unos quince mil dólares.

—Vaya. No está mal, ¿eh? Supongo que saldrá a dar, una batida por ahí, Struck.

—Claro. Pero quisiera esperar a ver qué dice la mujer que iba en la diligencia. Quizá pueda orientarnos en algo: ¿Vendrá con la «posse»?

—No. Tengo otras cosas que hacer. Uno de esos hombres muertos era un marshal. Rick Cline. Tenía que encontrarme aquí con él. No va a ser agradable comunicar su muerte. Y que ya no sé qué hacer, de momento.

—Si puedo ayudarle en algo, dígalo.

—De momento, ocúpese de la diligencia. Supongo que no van a salir hoy.

—Pronto será de noche. No servirá de nada.

—Y Elizah quedaría sin protección. Cuidado con él, Struck.

—No se preocupe.

Dale se puso en pie. Parecía indeciso. Por fin, se dirigió de nuevo hacia el departamento de celdas. Cuando se detuvo ante la de Elizah Bartunek, éste se

hallaba tendido en el camastro, con la vista fija en el techo.

El marshal entró y se sentó en el borde del jergón.

—¿Robaste tú aquellos tres mil dólares? No voy a hacer uso legal de lo que me digas. Sólo quiero saberlo yo.

Elizah miró fijamente a Dallas.

—Sí. Dale, los robé.

El marshal no se inmutó. Estuvo mirando unos segundos la brasa del retorcido cigarro.

—¿Qué significa Jessica Reisinger para ti?

—La quiero.

—¿De veras? ¿Cuántos años tiene?

Elizah se sentó en el camastro.

—Oye, espera, no es eso. La quiero como a una hija. Hace más de ocho años que estoy con ella, desde que tú decidiste llevar una vida independiente. Ella es una niña maravillosa.

—Tu tierno y dulce corazón. Yo comprendo que te encariñases conmigo Elizah. Yo no tenía a nadie, estaba solo..., pero ella tiene a sus padres, ¿no?

—¿Y qué? Yo necesito... Bueno...

—Lo sé, Elizah, necesitas querer a alguien. Y cuando quieres, lo haces de veras, con todas tus fuerzas, y te sientes feliz queriendo. Sin embargo, al padre de Jessica, a ese Josuah Reisinger, le robaste tres mil dólares. Eso quiere decir, Elizah, que serías capaz de robarme también a mí.

Bartunek miraba a Dallas con la boca abierta. De pronto, la cerró; su gesto se tornó hosco, despegado.

—Maldita sea. Me pregunto por qué diablos has tenido que venir a Rincón.

—Me lo ordenaron —dijo calmosamente Dale—. ¿Crees que debí desaprovechar la oportunidad de venir aquí, cumplir mi trabajo y luego ir a verte?

—Ve a hacer tu trabajo, Dale. Déjame en paz.

—¿No querrías ayudarme?

—¿Yo? ¡Bah! Tú no necesitas para nada un tipo como yo.

—Tampoco necesito a un crío como Charlie y él me está ayudando. Hay de por medio quizá hasta diez millones de dólares, Elizah.

—¡Diez millones!

—En oro. Tú sabes que los apaches suelen hacer viajes a México. No es que sea corriente eso y menos para los pueblos, a los que les gusta residir de un modo fijo. Pero México está demasiado cerca. También allí hay indios

apaches, tanto chiricahuas como pueblos. Los apaches-pueblos son una mezcla curiosa. Se dice que en una de sus ciudades construida en las mesetas, al borde de barrancos y cañones, hay objetos de oro por valor de muchos millones, quizá diez, quizá veinte, quizá sólo dos millones. Tengo que encontrar ese oro, Elizah. Según parece, hay objetos de mucho valor, traído por los indios desde México.

—Bueno, pues ve a buscar ese oro y en paz.

—Sencillo, ¿verdad? Pero... ¿adónde voy a buscarlo?

—¿No lo sabes?

—No. Y o no..., por el momento. Un hombre llamado Rick Cline salió para la frontera hace unas semanas. No muchos días después de su partida, telegrafió que había encontrado a un indio llamado Jacinto que parecía saber algo. Poco después volvió a telegrafiar, diciendo que entre Jacinto y él habían confeccionado un plano y que salía para el Norte con el plano y el indio. Entonces me enviaron a mí a Belén, después de ponerme al corriente de todo. Se suponía que Rick Cline subiría hasta allí, y debió informársele de que yo le estaba esperando. Y así era, yo descansaba tranquilamente en Belén, a la espera. Entonces me telegrafiaron a mí, diciéndome que Cline se dirigía a Rincón y que me pusiese inmediatamente en contacto con él. Tuve que hacer en jornada y media un camino que normalmente requiere casi cuatro jornadas. He dejado medio muertos a cuatro caballos, y el que me trajo por fin hasta Rincón no creo que esté muy bien, pobre animal. Y entonces, llega Rick Cline con el indio Jacinto..., pero muertos los dos y sin que el plano parezca estar en poder de ellos. Han matado a un marshal, Elizah.

—Bien, no he sido yo.

—Lo sé. Yo me estoy preguntando una cosa: ¿por qué Riele Cline reclamó mi presencia en Rincón?

—No sé.

—Porque esa ciudad de los pueblos debe estar más cerca de Rincón que de cualquier otro sitio. ¿No te parece?

—Es posible.

—Ahora, Elizah, piensa detenidamente: ¿no puedes ayudarme en nada?

—¿En qué puedo ayudarte?

—Han robado quince mil dólares de la diligencia. Pero yo creo que eso ha sorprendido a los asaltantes. Lo que ellos querían no era ese dinero, sino vérselas con Rick Cline y el indio Jacinto. Es muy posible que les hayan quitado el plano, en cuyo caso, esos millones de oro no serían para el Gobierno.

—No creo que eso importe demasiado al Gobierno.

—Es una buena cantidad, Elizah. Pero, además, hay otra cosa que vas a comprender enseguida: han matado a un marshal por ese oro; han asaltado una diligencia seguramente para conseguir el plano que indica dónde está esa ciudad pueblo y quizá, incluso, en qué parte de ella está el oro. Es posible que sean figuras indias, brazaletes..., ¡qué sé yo! Pero, Elizah, ahora ya no se trata solamente del valor económico o artístico de ese oro, sino de que, para quitárselo al Gobierno, han matado a un marshal. Y ahora, viejo cuervo: ¿vas a decirme la verdad de todo lo que sepas o no vas a decirme nada?

Elizah Bartunek pareció a punto de decir algo. Pero se mordió los labios y permaneció en silencio. Por fin musitó:

—Dije todo lo que sabía, Dale. Fueron dos o tres hombres, no estoy seguro. Llevaban media cara tapada con pañuelos. Uno de ellos subió al pescante y me golpeó. No sé nada más.

Dale Dallas estaba un poco pálido. Era evidente que Elizah Bartunek, estaba mintiendo, pero él no podía tratarlo como a un vulgar forajido o embustero.

El marshal se puso en pie.

—Si necesitas algo de mí, díselo a Struck, él me avisará, Elizah.

—Gracias.

Dale Dallas salió de la celda.

Sabía que Elizah mentía, pero ¿en qué, y por qué?

## CAPÍTULO III

Cuando apareció de nuevo en la oficina de Struck, Charlie McCoy estaba allí, de pie junto a la ventana, mirando hacia la calle, con la carabina arrastrada por el suelo al tenerla asida por la punta del cañón.

Se volvió al oír sus pisadas.

—Hice lo que me dijo, marshal.

—Muy bien, Charlie. Voy a ir ahora a la funeraria.

—¿Puedo acompañarle?

—«Debes» acompañarme, Charlie. Vamos ya. Hasta luego, Struck.

—Hasta luego. Y no se preocupe por Elizah.

—Gracias.

Cuando salieron a la calle, el sol era ya solamente un resplandor rojo en el cielo. Pronto llegaría la noche, a fastidiarlo todo. La oscuridad le haría perder a Dale Dallas un montón de horas muy necesarias. Pero como era imposible evitar la noche, se dijo que haría todo lo posible por sacarle provecho.

Charlie caminaba a su lado izquierdo, moviendo desgarbadamente sus largas piernas, acompañándole hacia la funeraria. Cuando cruzaban la calle, Dale vio a uno de los dos hombres que le habían llamado la atención de aquel grupo de siete. Parecía menos polvoriento y menos barbudo. Estaba más presentable, pero su rostro continuaba siendo quizá excesivamente duro. Pasó junto a ellos, dirigiendo una indiferente mirada a la placa de Dallas, que éste ya no había creído conveniente ocultar.

—¿Has visto a ese hombre, Charlie?

—Claro.

—¿Le conoces? ¿Le has visto alguna vez por aquí?

—Nunca.

Dale se volvió discretamente al llegar a la otra acera. Localizó al hombre cuando estaba éste muy cerca del Cactus Hotel. Pero lo que dejó pensativo a Dale fue que entrase en aquel hotel, precisamente. Bien..., cualquiera podía alojarse en el hotel que le viniese en gana siempre que pudiese pagarlo.

—Sigamos hacia la funeraria.

—Sí, señor.

Había allá algunos curiosos, pero Dale sugirió amablemente que se divertirían más en cualquier taberna o saloon, y sonrió cuando despejaron refunfuñando la funeraria.

El dueño de ésta era un hombre gordito y sonrosado, amable y simpático.

—Vaya, Charlie, encontraste empleo por fin, ¿eh?

—Y no de entierramuertos —gruñó el muchacho.

El entierramuertos, señaló a Charlie, mirando a Dale.

—Este chico será muy pronto cliente mío si no se decide a buscar un empleo tranquilo... ¿En qué puedo servirle, marshal?

—¿Qué sabe de los muertos?

El hombre parpadeó.

—Pues... no sé nada.

—¿No tienen familia?

—A tres de ellos no les vi nunca antes. Uno, el joven pelirrojo, parece un pistolero. Otro, es un indio. Otro, no sé lo que es. Sólo conocía al conductor de la diligencia. Sé que éste no tenía familia. De los demás...

—¿Los ha registrado?

—No he tenido tiempo.

—Yo lo haré. Cierre.

—¿Cómo?

—Que cierre la puerta. Y corra las cortinas.

Charlie se acercó a la puerta, la cerró; corrió la cortinilla y luego hizo lo mismo con las de las dos ventanas, de modo que ya no podía verse nada desde la calle a través de los cristales.

—Muy bien, Charlie. Ahora, ayúdame a descalzarlos.

—¿A quién?

—Al indio y al blanco. Vamos a registrarlos bien, Charlie, sin pasar nada por alto. Y usted va a ayudarnos, señor...

—Akim Acuff... Sí, desde luego, les ayudaré. ¿Registro al pelirrojo?

—No, no. Ése no interesa. Ayude a Charlie a registrar al indio. No pasen nada por alto.

—Sí, señor. ¿Qué hemos de encontrar?

—Un plano. Posiblemente de piel.

—Bien...

Invirtieron en ello casi media hora. Rick Cline tenía dos balazos en el pecho y el indio tenía tres, repartidos entre pecho y estómago. Rick Cline estaba muy frío, rígida la boca. Dale lo había visto un par de veces antes. Y

había oído hablar de él. Había sido un hombre duro, tenaz, infalible. Podía dudarse perfectamente que sólo dos o tres asaltantes hubiesen podido con él, con Jacinto y matar al conductor. Dale no sabía hasta qué punto podían presentar pelea los demás, pero sí sabía que Rick Cline había sido puesto de ejemplo, en varias ocasiones, de lo que debía ser un marshal.

Hubiese jurado que cuándo antes lo registró menos concienzudamente, Cline llevaba su placa de marshal en el bolsillo. Y, sin embargo, la placa no estaba allí ahora. Ni la placa, ni nada que pudiese parecer de ninguna manera un plano. Y eso, después de registrar bien todas las ropas, sombreros, botas, forros...

—Bueno... Supongo que debemos darnos por vencidos. Vamos a arreglarles la copa y a dejarlos como estaban... ¿Será el entierro por la tarde, señor Acuff?

—Seguramente.

—De acuerdo. Y de esto ni una palabra a nadie. Ni sobre el registro, ni sobre el plano. ¿Comprendido?

—Cuenta con ello.

—Vámonos, Charlie. Me llevarás a la Western Unión, ahora.

—Sí, señor.

Una vez allá, Dallas impuso el telegrama en términos informativos respecto a lo ocurrido, y pidiendo instrucciones complementarias que pudiesen ayudarle a seguir adelante en la búsqueda del oro escondido en un poblado indio.

Cuando salieron a la calle, Charlie preguntó:

—¿Qué más hacemos ahora, marshal?

—Iremos a ver a la dama que llevaste al hotel. ¿Qué tal la dejaste, Charlie?

—Oh, estaba bien. Se recobró en el parador y yo la acompañé al hotel Cactus, como usted me dijo.

—Voy para allá. Tú vas a ir a la cochera de la New México Overland, Charlie, y vas a dedicarte, hasta que yo llegue allí, a registrar la diligencia que ha sido asaltada.

—¿Busco el mapa?

—Eso es. Mira debajo de los asientos, en las junturas, debajo de alguna tabla suelta, detrás de las placas...

—Lo haré bien, marshal, ya lo verá. Si el plano está allá, yo lo encontraré.

—Ojalá, Charlie.

Caminaron juntos hasta el Cactus Hotel. El muchacho continuaba hacia el parador cuando Dale le llamó.

—Hey, Charlie.

—Diga, marshal.

El marshal tendió la mano, en espera de algo.

—La placa, Charlie.

—¿La..., la placa...?

—Eso es: la placa que tomaste del cuerpo de Rick Cline, el marshal muerto.

El muchacho sacó la placa de un bolsillo del pantalón y la tendió hacia Dale, dejándola en la mano tendida de éste.

—Lo siento —farfulló—. Yo sólo quería...

—Algún día, Charlie, puede que estés autorizado para llevar una placa de marshal, de rural o simplemente de alguacil. Pero no te impacientes. Espera a que puedas llevarla legítimamente, ¿eh?

—No la hubiese llevado... Solamente quería verla... de cerca.

Dale sonrió y le palmeó un hombro.

—Ve a registrar la diligencia.

—Sí, señor. Le juro que pensaba devolver esa placa...

—De acuerdo, hombre, de acuerdo. Enseguida me reuniré contigo en la cochera.

Entró en el hotel y fue hacia el mostrador, sin fijarse en nadie. El encargado comenzó a hablarle del terrible asalto, y detalles más o menos morbosos; pero Dallas, ceñudo, se dedicó a lo suyo, sin mirar ni una sola vez al hombre.

En el libro registro estaba el nombre de la mujer: Mirna Staples. Procedía de El Paso y se dirigía a Santa Fe. Un largo camino. Cerró el libro y se dirigió a las escaleras, dejando al empleado con la palabra en la boca, pues estaba demasiado ocupado pensando para prestarle ninguna atención. Pensando, por ejemplo, en que aquel hombre que había entrado en el hotel cuando él y Charlie se dirigían a la funeraria, no se había alojado en el Cactus, ya que el último nombre inscrito allí era el de la dama en cuestión. ¿Qué hacía aquel tipo en el hotel? ¿A quién estaba visitando?

Subió al primer piso y buscó la habitación 9 A. Cuando la encontró, llamó a la puerta.

Casi enseguida oyó la voz de mujer, casi temerosa:

—¿Quiénes?

—Dale Dallas, señorita Staples: agente del Gobierno.



La puerta se abrió, un tanto lentamente. Apareció la mujer, y entonces Dallas pensó por qué había sido tan estúpido de no prestarle atención en el parador. Era alta, rubia, de ojos azules, bonita hasta el asombro, esbelta. Ella le miraba con un poco de temor en los ojos, pero se calmó visiblemente al ver la placa sobre el pecho de Dallas.

Éste se quitó el sombrero.

—Quisiera hablar con usted unos minutos, señorita Staples, si usted se encuentra en condiciones, por supuesto.

—Pase, señor Dallas.

—Gracias.

Dale entró y ella cerró la puerta. Se miraron unos segundos y Dale sonrió un poco tontamente.

—Bien...

—Le estoy muy agradecida, señor Dallas...

—¿Oh, sí? ¿Por qué?

Ella llevaba una bata de color azul y se había soltado el cabello. La carne de su garganta se veía muy blanca, tierna...

—Ese muchacho, Charlie, me habló sobre lo ocurrido. Asegura que lo de apartarme de junto a los cadáveres fue idea de usted, que le oyó bien a otros hombres. Creo... que hubiese vuelto a desmayarme si al despertar me encuentro entre muertos.

Dallas carraspeó.

—Hice lo que me pareció más adecuado, señorita Staples. Bueno, yo quería hacerle algunas preguntas, pero insisto en que si no está en condiciones de atenderme, volveré en otro momento.

—No es necesario... ¿Quiere sentarse?

—Gracias.

Esperó a que lo hiciese ella y se sentó en un sillón. Aquello no era una simple habitación, sino una de las dos *suites* del Cactus Hotel que daban a la terraza de sobre el porche. Estaban en el recibidor y salita a la vez, pieza de considerables dimensiones. Al fondo se veía la terraza y la oscuridad de la noche. A un lado, la puerta del dormitorio.

—Usted dirá, señor Dallas.

—Es sobre el asalto, claro... El caso es que en la diligencia viajaba un marshal, señorita Staples, y que ha resultado muerto.

—Sí... lo sé...

—Bien... Debo investigar esto, naturalmente. He creído que usted podría ayudarme en algo.

—Me gustaría, señor Dallas. Si quiere preguntarme algo... Aunque le aseguro que no sé gran cosa. Me desmayé, y yo... Bueno... No sé... hasta qué punto podré serle de utilidad.

—Veamos: ¿cuántos hombres asaltaron la diligencia?

—Yo vi a dos.

—¿Viejos, jóvenes, altos, bajos, morenos, fuertes?

—No..., no lo sé... Llevaban el sombrero muy hundido y el pañuelo del cuello subido hasta casi los ojos. No sé... Los vi y me desmayé casi enseguida, cuando lo del guarda.

—¿Lo del guarda?

—Es que el guarda saltó contra uno de ellos y le golpearon muy fuerte, y...

—Perdone, señorita Staples. El guarda saltó contra uno de ellos... ¿O fue uno de ellos que subió al pescante y golpeó al guarda?

—No, no... Fue como le he dicho, señor Dallas. De los dos hombres que vi, uno parecía dispuesto a disparar. Entonces, vi caer sobre él al guarda, que iba en el pescante... El asaltante le golpeó dos o tres veces en la cabeza... Y no sé más, porque me desmayé.

—¿No oyó disparos?

—¿Qué disparos?

—El marshal muerto y un joven pelirrojo llevaban revólver. En el del marshal faltaban dos balas y en el del pelirrojo una. Los he revisado no hace mucho.

—No..., no oí disparos, señor Dallas.

—Es natural... Ha dicho usted que el guarda saltó contra uno de los asaltantes, señorita Staples. Si fuese necesario... ¿atestiguaría eso, diría que el guarda se jugó la vida por evitar el asalto?

—Oh, sí, desde luego...

Dale Dallas se rascó una oreja. ¿Por qué había dicho Elizah que fue uno de los asaltantes quien subió al pescante y le golpeó? ¿Por qué estaba mintiendo?

—Bueno, señorita Staples, de todos modos será mejor que no comente esto con nadie más de momento. No diga nada. ¿Puedo contar con ello?

—Pero si viene el *sheriff*...

—Rom Struck y yo estamos de acuerdo en todo naturalmente. Él no va a molestarla sin mi consentimiento. Y sepa que nadie más que nosotros dos tiene derecho a hacerle preguntas.

—Entonces no diré nada a nadie, señor Dallas.

—Gracias. ¿Puede recordar algo más?

—Me gustaría ayudarle, pero...

—No se preocupe. —Dale sonrió cortésmente—. Espero que se reponga muy pronto del susto. ¿Se quedará muchos días en Rincón?

—No sé aún... Iba a Santa Fe, pero ahora... —parecía cohibida cuando inclinó la cabeza—. La verdad es que estoy asustada, señor Dallas.

—Comprendo eso. De todos modos no siempre asaltan las diligencias. Es posible que dentro de un par de días yo tenga que ir también hacia el Norte...

Mirna Staples se quedó mirando fijamente al marshal. Dallas volvió a carraspear y se puso en pie.

—Si en algo puedo serle útil, señorita Staples, estaré encantado de que me lo haga saber. Estoy alojado en este mismo hotel y en este mismo piso. Pero creo que donde más fácilmente podrá encontrarme será en la oficina del *sheriff* Struck.

—Lo tendré en cuenta, señor Dallas. Y muchas gracias.

—A usted...

Ella sonrió y Dale se dijo que los asaltantes podían haberse llevado de la diligencia un botín mejor que los quince mil dólares. Claro, que si tenían el plano que podía valer millones... Calculó rápidamente hasta qué punto podía preferirse a una mujer antes que a unos cuantos millones... Y enseguida, tras responderse a sí mismo, se dijo que él era muy poco romántico. Y como ella le estaba mirando con una dulce sonrisita un tanto inquisitiva, como si fuese capaz de adivinar sus pensamientos, Dale Dallas casi se sonrojó y carraspeó otra vez.

—Adiós, señor Dallas.

Ella dio unos pasitos tras él, hasta la puerta, sonrió cuando Dallas, ya en el pasillo, se tocó el ala del recién puesto sombrero y cerró la puerta, pero no tanto que no pudiese continuar viendo a Dallas hasta que éste comenzó a bajar las escaleras.

Entonces cerró del todo, fue hacia la puerta del dormitorio, la abrió y entró. El hombre del rostro duro estaba junto a la ventana, con la mano sobre el revólver.

—Soy yo —dijo la rubia—. ¿Lo has oído todo, Marion?

—Claro.

—La presencia de otro marshal por aquí es un contratiempo, ¿no?

—Supongo que sí. Se meten en todo. Estuve a punto de matarlo antes, cuando llegamos a Rincón. Ese Dallas estaba ante el parador de la New

México y no me gustó su mirada inteligente. Me pregunto si es tan rápido con el revólver como inteligente.

—Es un hombre agradable. Y simpático. Pero...

Alzó sus brazos hasta el cuello del hombre, que sonrió y pasó los suyos en torno a la cintura.

—¿Pero, Mirna?

—Oh, tú sabes perfectamente lo que quiero decir, Marion Millanich.

—Sí... Creo que lo sé.

Se inclinó y besó a la mujer. Cuando se separaron, él dijo:

—Y cuando encontremos ese oro, Mirna, tú jamás vas a arrepentirte de amarme.

—Lo sé, Marion. ¿Qué vamos a hacer ahora?

—Esperar a mañana. De momento, según nos ha dicho Meyr, ese Dallas y el chico larguirucho estaban encerrados en la funeraria.

—¿Qué hacían allí?

—Registrando al otro marshal y al indio, en busca del plano. Apostaría algo a que ahora van a ir a registrar la diligencia.

## CAPÍTULO IV

—Tú y tu marshal... —gruñó Beer, jefe del parador de la New México Overland en Rincón—. De acuerdo, toma un par de quinqués y ve allá a registrar lo que quieras.

—Gracias.

Charlie tomó el par de quinqués y se dirigió a la cochera sin salir a la calle, recorriendo el largo pasillo que unía las oficinas con la cochera y las cuadras, situadas en una calle a espaldas de la principal. Al principio, el pasillo era normal. Luego, comenzaba a oler fuertemente a todo lo relacionado con caballos. El pasillo tenía un giro hacia la derecha, en ángulo recto, y aún no había llegado Charlie allá cuando vio el resplandor. Al principio pensó que quizá alguien se le había adelantado y estaba registrando la diligencia. Pero en cuanto dobló el pasillo vio el fuego. No era la luz de un quinqué la que había visto, sino la de las llamas que comenzaban a devorar uno de los coches de la línea New México... El coche que a él le interesaba, estaba seguro de ello.

Dejó los quinqués en el suelo y comenzó a gritar:

—¡Señor Beer, señor Beer, han prendido fuego a un coche...! ¡Va a arder toda la cochera...! ¡Señor Beer!

Sin asegurarse de que el jefe del parador le había oído, corrió hacia la cochera. Ni por un momento se le ocurrió que podía haber todavía alguien allí.

Sólo lo supo cuando, al entrar en la cochera, una mano le agarró de un brazo, le hizo girar y un puño durísimo se clavó en su estómago.

Un instante antes, Charlie pudo ver al hombre. Es decir, los ojos del hombre, porque el resto del rostro quedaba oculto entre el sombrero, muy hundido, y el pañuelo del cuello muy alzado.

Su mano derecha bajó frenéticamente aprisa hacia el revólver de cañón hexagonal y descalibrado, sin duda, pero un gancho que le alcanzó en la punta de la barbilla le tiró hacia atrás, casi perdido ya el conocimiento.

Unos fuertes brazos inmovilizaron los suyos, desde atrás, y el hombre que primero le había golpeado volvió a hacerlo varias veces, en el estómago, en el pecho, en la cara, hasta que el muchacho quedó colgando de aquellos brazos que le sujetaban mientras otros le golpeaban.

—¡Deja de golpearle, idiota, y métele unas balas en las tripas!

El interpelado retrocedió un paso, llevando la mano al revólver. Estaba a punto de sacarlo cuando el estampido de un disparo se alzó con más fuerza que el crujir de la madera del vehículo, que ya estaba ardiendo, iluminando siniestramente la escena con sus llamas móviles, que creaban continuamente sombras distintas en la pared.

El que iba a disparar contra Charlie se volvió al oír el silbido de la bala junto a su oreja. Disparó y el marco de la puerta, desde la que le habían disparado, se astilló violentamente. El hombre que sujetaba a Charlie lo soltó, sacó también el revólver y disparó contra el mismo sitio que su compañero.

—¡Vámonos ahora, Horn! Esto se llenará de gente enseguida...

Corrieron hacia las grandes puertas que daban a la calle situada a espaldas de la principal y el llamado Horn comenzó a abrirlas.

—¡Ya está, Meyr! —susurró—. ¡Salgamos!

Meyr disparó un par de veces más contra la otra puerta y así Ben Beer tuvo que permanecer acurrucado tras haber fallado el primer disparo que originó la réplica de aquellos dos hombres...

El fuego era cada vez más intenso y las llamas más altas. Si no se atajaba rápidamente ardería toda la cochera, y seguramente las llamas alcanzarían las cuadras, separadas sólo por una valla y donde los caballos ya pateaban inquietos...

\* \* \*

Lo primero que vio Charles al abrir los ojos fue el rostro tenso de su admirado marshal. Luego, comenzó a toser, y entonces le dolió el cuerpo como si lo tuviese aplastado bajo una enorme roca; especialmente le dolían el pecho y el estómago. Un dolor que casi le producía náuseas. Cuando quiso decir algo tuvo la sensación de que la barbilla iba a rompersele.

—Quieto, chico. Te alejaremos un poco más de aquí. Ayúdeme, Struck, ¿quiere?

Unas manos le cogieron sus pies y otras manos pasaron por sus sobacos. Se sintió alzado y llevado como un fardo más lejos del humo y del fuego, que ya estaba siendo vencido. Una muchedumbre vociferante se pasaba con toda

rapidez cubos de agua, que vertían apresuradamente en el interior de la cochera.

Charlie notó que lo dejaban en un porche, sobre las tablas.

—La diligencia... La han... quemado...

—Cálmate, Charlie. Ya sabemos eso, chico. ¿Estás bien?

—Mi revólver..., mi carabina...

—Están a salvo... Tú estás peor que tus armas.

—Creo que eran dos... Uno me pegó, mientras otro me sujetaba los brazos por atrás...

Dale contempló sobrecogido el rostro del muchacho. Charlie tenía partido el labio inferior y abierto un pómulo, así como tres grandes moratones en el resto de la cara. El ojo cuyo pómulo había sido abierto de un golpe comenzaba a quedar oculto bajo la hinchazón. Dallas hundió levemente un dedo en el estómago de Charlie y éste gimió fuertemente.

—Ésta es una buena paliza, Charlie. Eres un chico muy fuerte.

—Si no me hubiesen inmovilizado...

—Quizá ha sido mejor así —sentenció Dallas—. De unos cuantos golpes sana cualquiera, pero de unos cuantos balazos ya es más difícil.

—Señor Dallas..., siento no haber podido... cumplir sus..., sus órdenes.

—Otra vez será, Charlie —sonrió Dale—. ¿Sabes?, tengo mucho que agradecerte. Cuando te vieron a ti, decidieron golpearte un poco y por eso estás vivo. Pero si hubiese venido yo, me habrían disparado de buenas a primeras. Creo que te debo la vida, Charlie. Vamos a llevarlo a su oficina Struck, y luego busque un médico.

—Bien.

De nuevo quisieron alzarlo, pero Charlie sacudió los brazos, casi furiosamente.

—¡Déjenme, podré andar yo solo!

—Mira, chico, tienes el estómago hecho polvo. No podrás sostenerte en pie, te van a fallar todos los músculos.

—No necesito ayuda... Ni médicos...

Rom Struck soltó una risita.

—Charlie es tejano —explicó—. Se presentó un día en Rincón, con su padre. Creo que el padre de Charlie venía de Texas, buscando aires más tranquilos. Pero murió hace un par de años y el chico quedó solo. Es pacífico, pero muy terco. Lleva esos dos años detrás de mí, pidiéndome una placa de ayudante. Trabaja cuando quiere, o sea, cuando necesita algo de dinero, y duerme en cualquier sitio. En general, se le aprecia en Rincón y los ranchos

de alrededor, en los cuales trabaja cuando necesita dinero, digo. Pero todos opinan que es algo... perezoso. En mi opinión, a Charlie le gustan demasiado las armas. ¿No es cierto, Charlie?

—Me faltan... quince dólares para comprar un «Colt» 45, *sheriff*... Los voy a ganar y, entonces, usted verá...

—Oh, sí, verá... Pero si tantos deseos tienes de comprarte un revólver... ¿por qué no trabajas más y así tendrás antes el dinero, eh?

—Yo sólo voy a trabajar... con armas, *sheriff*...

Struck suspiró.

—Ya le he dicho, Dallas, que es un chico terco.

—Es posible, Struck... —murmuró Dale—. Sin embargo, puesto que Charlie se ha propuesto eso, yo creo que es mejor que use las armas a favor de la Ley.

—¿Qué...?

—Es muy sencillo, Struck. Charlie es un chico tozudo, ¿no? Tanto, que quiere vivir de sus armas. Bueno, atraigámosle a nuestro bando, al bando de la Ley. No le permitamos que viva de las armas al otro lado de la Ley. Si ha de manejar armas, que las maneje como alguacil, no como forajido.

—¡Por los buitres de...!

—Bien, no es momento de decidir eso ahora, Struck. ¿Llevamos al chico a su oficina o no? Es decir... ¿Necesitas ayuda, Charlie?

Charlie McCoy había estado mirando fijamente a Dale Dallas, como si el marshal hubiese estado diciendo algo sagrado, indiscutible. Luego, el muchacho parpadeó ante la pregunta de Dale y comprendió que éste era hombre que jamás habría de humillarle a propósito. Preguntarle si necesitaba ayuda era concederle una oportunidad de demostrar su dureza y su orgullo. No iba a fallarle él a Dale Dallas, no...

—Me las arreglaré solo.

—De acuerdo.

Charlie se movió y enseguida tuvo la sensación de que el estómago se le volvía del revés y que las costillas iban a romperse de un momento a otro. Se pasó la lengua por los labios y la retuvo en el corte del inferior.

Dio un tirón y quedó de pie, cerrados los ojos, agarrado con ambas manos a uno de los postes del porche.

—Emmm... ¿Qué hacemos ahora, marshal?

—Bueno, pues nada.

—¿Nada? —abrió los ojos—. Pero esto no va a quedar así...

—Oh, yo lo arreglaré sin ayuda.



—¡Pero yo soy su ayudante...!

—No admito ayudantes que no sepan obedecer mis órdenes, Charlie.

—Oiga... Yo voy a obedecerle en todo, ¿eh?

—Correcto. Continúas siendo mi ayudante. Y ahí va una orden: vas a ir ahora mismo a la oficina del *sheriff* y allí dejarás que un médico te arregle esa cara. La tienes llena de sangre, cortada, y estoy seguro de que tu estómago está a punto de volverse al revés.

—Lo que usted diga, marshal.

—En marcha, pues. ¿Podrás caminar solo?

—Claro.

Dallas le guiñó un ojo a Struck y éste se encogió de hombros. Charlie comenzó a caminar, no muy seguro, hacia la calle principal.

Y cuando ya caminaban por la acera de ésta, los tres vieron venir a una mujer, casi corriendo. Charlie se detuvo, se apoyó en la pared y quedó inmóvil. Dale se preguntó por qué el muchacho parecía tan... ¿Emocionado? ¿Era eso?

—Muy bien —rió Struck—: Ahora va usted a conocer a Jessica Reisinger, Dallas. Le felicito.

La muchacha llegó corriendo, se detuvo delante de Struck y preguntó, irridadísima:

—¿Por qué ha encerrado usted a Elizah?

—Espera, Jessica...

—¡No hay nada que esperar! Su oficina está cerrada y Elizah está allá dentro. Vayamos ahora mismo a dejarle en libertad. Usted no puede...

La muchacha calló bruscamente. Miró a Dale, de arriba abajo, muy sorprendida al parecer. Dale la miraba sorprendido de veras y no sólo por el genio vivo de la muchacha, sino por su belleza. Quizá le engañasen la luz de los faroles, pero Jessica Reisinger parecía pelirroja y, por supuesto, tendría los ojos verdes. La boquita se mostró redonda y llenita cuando calló. Era tan bonita y dulce de aspecto cuando estaba callada, que Dale Dallas se preguntó si podía estar soñando en aquel momento. Jessica no parecía tener más de diecisiete años.

—¿Usted es Dale? —preguntó.

Dale Dallas sonrió.

—Dale Da...

—Oh, sí, Dale Dallas, ya sé eso.

—¿De veras?

—Elizah siempre me habla de usted. Dice que usted es el mejor hombre que encontró en su vida, y que si cualquier día yo me encontraba en apuros, que fuese a Santa Fe a buscarle a usted de su parte y me ayudaría. ¿Es cierto eso?

Rom Struck sonreía, mirando irónicamente a Dale.

—Pues... Sí, desde luego, señorita Reisinger.

—Puede llamarme Jessica, simplemente. Oh, usted es muy atractivo, Dale. Me gusta. ¿Qué le parece si convence a «este hombre» —señaló furiosamente a Struck— para que deje en libertad a Elizah?

—Es que... Bueno, Elizah no está preso exactamente, Jessica; lo que ocurre es que creímos que en la cárcel estaría más seguro hasta que se aclare eso del asalto de la diligencia. Ocurrió que, cuando Elizah llegó, algunos hombres querían...

—Me han contado eso. Y que usted lo salvó. Por eso me dije que si usted era el Dale Dallas del que Elizah me había hablado, nada le haría a Elizah. Y como he sabido que Elizah está en la cárcel, he supuesto que toda la culpa la tenía «este hombre».

Struck soltó un gruñido.

—Deja de fastidiarme, Jessica. No tengo nada contra Elizah. Él está en la cárcel por propia voluntad, y si la oficina está cerrada es porque no quiero dejarla abierta estando él dentro, y como no tengo ayudante para... Oh, está bien, vamos allá y dejaré suelto a Elizah. Creo que tendré que admitir por fin a Charlie como ayudante.

Jessica miró de reojo hacia Charlie, rápidamente, y cuando se decidió a mirarle de frente, musitó:

—¿E-estás aquí, Charlie...?

—Sí. Hace ya un ratito.

—No..., no te había visto.

—Sí, lo supongo. ¡Soy tan bajito...!

Dale Dallas se mordió los labios para no soltar la carcajada. Desde luego, Jessica había visto a Charlie, eso no podía, dudarse. Y, al decirle que no le había visto, había bajado la vista y se había sonrojado. Bueno, lo que no podía dudarse de ninguna manera era que Charlie era un chico de suerte.

—Oh, no, no es que seas bajito...

—Quizá me has confundido con un espantapájaros, Jessica.

—No, no...

—Bueno, soy tan delgado que puedes haberme confundido con la sombra de uno de los postes del porche.

—Oh, Charlie, siempre que hablamos... ¡Charlie!

—¡Jessica!

Dale volvió a morderse los labios y Rom Struck, evidentemente, hacía también esfuerzos por no reír.

La muchacha se acercó más a Charlie, con una mano adelantada hacia la cara de éste.

—¿Qué te ha pasado en la cara, Charlie?

—Me he peleado con dos hombres.

—¡Oh, Charlie...!

Pareció que Jessica fuese a tocar la cara de Charlie y éste se ladeó bruscamente, huraño. Un segundo después, y tras el intensísimo dolor en el estómago, que pareció privarle de toda fuerza, Charlie McCoy se encontraba sentado en el suelo.

—¡Charlie!

El muchacho alzó lentamente la mirada, miró a la muchacha con clarísima expresión de considerarla una calamidad y apoyó una mano en la pared. Pero al quedar sentado, la luz de los faroles de la otra acera le dio de lleno en el rostro, dejando éste de estar en las sombras altas de los porches de la acera en la cual se hallaba.

Entonces Jessica se arrodilló delante del muchacho.

—Charlie... —gimió—. ¡Tú cara! ¡Está peor de lo que me pareció!  
Charlie la miró ceñudamente.

—Bueno, si te parece horrible podrías dejar de mirarla... tan cerca.

—Es que no..., no me parece horrible, no...

—De algo tenía que servirme la paliza.

—No..., no te entiendo.

—Hablaremos de esto otro día. ¿Te importaría... apartarte? Necesito mucho espacio para ponerme en pie.

—Oh, voy a ayudarte...: ¿No?

La pregunta fue un susurro de la muchacha al darse cuenta de que Charlie la miraba casi con ira, en silencio.

—Sólo tengo veinte años, Jessica, no ochenta.

—Sí, claro... ¿Quién, quién te pegó?

—¡Bueno, no te preocupes tanto! ¡Al fin y al cabo no han pegado a tu Bob Dowdy, sino a mí!

Jessica palideció y quedó inmóvil mientras Charlie, todavía sentado en las tablas, retrocedía un poco y luego maniobraba hasta quedar en pie.

Dallas tendió una mano a la muchacha.

—¿Jessica?

—Oh, sí, gracias... —acepto la mano del marshal y se puso en pie. Entonces, miró a Charlie y dijo, rabiosamente—: ¡Estúpido! ¡Eres el ser más estúpido que he conocido en mi vida, Charlie McCoy!

Dallas se rascó una oreja.

—Podríamos ir a la oficina de Struck —sugirió—. De otro modo, todos van a enterarse de que Charlie es un estúpido. Allí podrán insultarse tranquilamente, Jessica. ¿O prefiere ver a Elizah?

—¡Veré a Elizah! ¡Y quiero que lo dejen libre ahora mismo!

—Eso lo decidirá él. ¿Vamos? Struck, podría dejarme la llave y buscar al médico, ¿eh?

—De acuerdo.

—¿Para quién es el médico? —se alarmó Jessica.

—Para Charlie.

—¡No lo, necesito...!

—Charlie...

—Oh, comprendo... Ordenes, ¿eh?

—Ajá.

—Muy bien.

\* \* \*

El doctor Pyrek estaba dando los últimos toques a la cara de Charlie cuando Jessica salió del departamento de celdas, todavía con expresión incrédula.

Dallas se acercó a ella.

—No quiere salir, ¿verdad?

—No... Dice que está más seguro ahí dentro... Pero... Pero no tuvo nada que ver con el asalto, ¿verdad?

Dale Dallas no contestó. Se limitó a continuar mirando fijamente a la muchacha.

—¿Cree..., cree usted, Dale, que Elizah pudo..., pudo...?

—Él está mintiendo, Jessica. No sé en qué ni por qué, pero está mintiendo.

—¡No!

—Yo no digo, que tenga nada que ver con el asalto. No creo eso, desde luego. Pero Elizah está mintiendo. Él nos está engañando a todos. ¿Le dijo cómo ocurrió el asalto?

—Sí.

—¿Y bien? ¿Cómo ocurrió?

—Fueron tres hombres... Él cree que solamente dos, porque no vio más... Dice que uno de esos hombres saltó al pescante y le golpeó y que...

—Sigue mintiendo. Ningún hombre subió al pescante a golpearlo, Jessica. Fue él quien saltó desde el pescante contra uno de los asaltantes.

Jessica Reisinger se asombró.

—Pero ¿qué importancia puede tener eso?

—No es la importancia que tenga como ocurrió el hecho, sino la que puede tener el que Elizah nos esté mintiendo. ¿Han hablado usted y él sobre aquellos tres mil dólares que... desaparecieron de su rancho, Jessica?

—¡Elizah no los robó!

Dale se pasó una mano por la barbilla. No podía decirse que tuviese demasiada suerte: no sólo matan a Rick Cline y al indio Jacinto, sino que además la cosa se complica por culpa de Elizah Bartunek, el hombre que años atrás fue como un padre para él, el hombre del cual Dallas jamás podría creer cosas como las que el propio Elizah había aceptado, o sea, el robo de tres mil dólares...

—¡Bueno! —exclamó el doctor Pyrek—. Creo que Charlie es el chico más fuerte de la región. Diantres, jamás lo hubiese dicho, de veras.

El marshal se volvió hacia ellos.

—¿Algo roto? —preguntó.

—¡Qué va! Lo peor es lo del labio, que le molestará algunos días. Lo del pómulo ya está remendado. Los golpes en la cara no tienen importancia. Y los golpes en el estómago sólo son dolorosos. Le dolerán los músculos algunos días, pero no hay que considerarlo como un inválido, ni mucho menos. Ni siquiera en este estado me gustaría pelear con él, sabiendo ahora lo fuerte que es.

Jessica había estado mirando casi anhelante a Charlie, pero al darse cuenta de que éste la miraba a ella frunció la boquita y miró hacia otro lado..., justamente hacia la ventana.

De pronto corrió hacia la puerta, la abrió nerviosamente y salió al porche. Desde dentro de la oficina, los demás, incluso Charlie, que se había puesto de pie, vieron a los dos jinetes detenidos delante de la oficina de Struck. Uno de los jinetes sostenía al otro en la silla; estaba claro, de no ser por esta ayuda habría caído del caballo.

Todos salieron en pos de la muchacha, que ya estaba junto al jinete herido.

—Nos..., nos dispararon cuando veníamos hacia aquí —tartamudo el que estaba herido—... Alcanzaron a Jess en la espalda...

Struck bajó a la calzada y comenzó a gruñir, alejando cuanto pudo a los curiosos.

—Ayúdame, Bob —dijo.

Robert Dowdy, el joven capataz del Círculo Dos Puntos, que sustituía a Elizah Bartunek, desmontó rápidamente y ayudó a Rom Struck a bajar del caballo al herido. Dallas se unió a ellos, y entre los tres, entraron a Jess Reisinger en la oficina de la Ley en Rincón. Quitaron todo lo que había sobre la mesa, pero Struck se metió en el pequeño dormitorio donde tenía su camastro y lo sacó arrastrándolo.

—Póngalo aquí. La mesa es muy corta para él.

Pyrek ya estaba junto al camastro cuando entre Robert Dowdy y Dale Dallas dejaron tendido en éste a Jess, boca abajo. Tenía la espalda llena de sangre, y cuando le quitaron las ropas, Pyrek se mordió los labios.

—¡Dios...!

Jessica se echó a llorar, por fin, y Charlie la miró como si acabasen de golpearle el dolorido estómago. Robert Dowdy se acercó y puso una mano en el hombro de la muchacha, en silencio, pero no pareció que Jessica notase nada. Charlie frunció el ceño y se fue a la calle, dedicándose a no permitir que nadie se acercase, y, mucho menos, que entrase.

Elizah Bartunek apareció en la puerta del departamento de celdas.

—¿Qué...? ¡Jessica!

La muchacha corrió hacia él y Elizah le pasó un brazo por los hombros.

—¡Han matado a Jess, Elizah, lo han matado...!

—No está muerto —dijo el doctor Pyrek—. Pero...

Elizah mantuvo a Jessica abrazada cariñosamente. Pero, al mismo tiempo, Dale, Dallas vio en los ojos del viejo amigo aquel destello duro, que se acentuó cuando se desviaron hacia el muchacho que había llegado con Jess Reisinger.

Elizah se dio cuenta de que Dale le estaba mirando y entonces inclinó rápidamente la cabeza.

—Cálmate, Jessie... No será nada, ya verás. El doctor Pyrek va a salvarlo, seguro...

Jessica lloraba con la cara pegada al pecho de Elizah y por eso no pudo ver la mirada que Pyrek dirigía a aquél. Una mirada que reflejaba claramente las muchas dudas que el médico tenía respecto a la supervivencia de Jess Reisinger. Empero, se dedicó a ello con todo su interés y máximo cuidado.

Dale Dallas, por su parte, se dedicaba a pensar intensamente. Algo no encajaba allí. ¿Por qué aquella dureza en la mirada de Elizah hacia el joven y atractivo Bob Dowdy? Podía estar relacionado con el hecho de que Dowdy estuviese ocupando a la sazón su puesto de capataz en el Círculo Dos Puntos, pero Elizah no era de esa clase de hombres... Tenía que haber algo más. Y, además, estaba seguro de que también Elizah había mirado duramente al malherido Jess Reisinger, ¿por qué?

¿Quién había herido a Jess Reisinger?

¿Dónde? ¿Por qué?

Dale salió de la oficina puesto que de nada servía su presencia, y se reunió con Charlie frente a la oficina. El muchacho parecía furioso, pero le miró a él muy calmado.

—¿Se salvará, Jess? —preguntó.

—Me ha parecido que el doctor Pyrek tiene sus dudas sobre una posible salvación, Charlie.

—¿De veras? Bueno, es lamentable, ¿eh?

Dallas miró de reojo al muchacho. La gente se mantenía convenientemente alejada de la oficina y aún se había alejado más al aparecer el marshal en la puerta.

—Sí, supongo que sería lamentable. ¿Sois amigos tú y el hermano de Jessica?

—¿Amigos?

—¿No me has entendido, Charlie?

—Le entendí. Mire, yo no tengo ningún amigo, marshal.

—¿Porqué?

—No sé. Dicen que soy un chico raro y gandul. Creo que me desprecian un poco:

Dallas sonrió.

—Es una manera como otra cualquiera de que tú aprendas que la gente puede equivocarse.

—¿Cómo?

—Quiero decir que ni eres raro ni gandul, Charlie. Y vas a demostrarlo cuando Struck te nombre su ayudante.

—¿De veras va Struck a hacer eso?

—Lo hará. ¿Sois amigos tú y Jess Reisinger, Charlie? Ya te lo he preguntado antes.

—No somos amigos. He ido algunas veces a trabajar a su rancho, mientras estaba Elizah Bartunek de capataz. Y eso es todo. Trabajaba un

tiempo, me pagaban, y me marchaba.

—Ya. ¿Y Jessica?

—Ella... ¿Jessica? ¿Qué quiere decir?

—Tú la quieres, ¿no?

—Oiga... Mire, yo soy lo que soy y ella es la hija de un rico ganadero, marshal.

—¿Sí? ¿Y qué?

—Pues que de ninguna manera... Está bien, creo que la quiero. Es una tontería, ¿no cree?

Dallas sonrió.

—Eso sólo podría decírtelo ella, Charlie.

—¡Ella! Siempre que me ve me mira como si yo fuese un bicho raro.

—¿Os veis a menudo?

—Algunas veces ella aparece delante de mí, y si estoy de humor, hablamos algunas cosas.

—¿No se te ha ocurrido pensar que esa manera que ella tiene de mirarte podría expresar algo distinto que considerarte un bicho raro?

—No sé. De todos modos, por ahí se dice que ella y Bob Dowdy... Bien, parece que hay algo entre ellos. Bob es un chico agradable y además, ahora está de capataz en el Círculo Dos Puntos.

—¿Qué más sabes de Bob Dowdy?

—Nada más.

—¿Y de Jess Reisinger?

Charlie miró vivamente al marshal.

—¿De Jess? Bueno, de él se sabe todo: es hermano de Jessica, hijo de Josuah Reisinger, futuro propietario del Círculo Dos Puntos y un muchacho fuerte y alegre. ¡Yo qué sé...! Todos conocen muy bien a Jess en Rincón y la región, marshal; pero si usted fuese por ahí preguntando por él, seguramente no sabrían qué contestarle. ¿Me comprende?

Dale Dallas sacó la bolsita de tabaco, ofreció a Charlie, que lo rechazó pensando en su partido labio inferior, y lió un cigarrillo.

Cuando ya lo hubo encendido, preguntó:

—¿Cómo eran los hombres que te golpearon, Charlie?

—Pues... corrientes. No sé...

—¿Te parecieron jóvenes o viejos?

—¿Jóvenes o viejos?

—Quiero decir que si te dieron la impresión de tener mis casi treinta años, o veinte, como tú, o casi cincuenta, como Struck y Elizah, o... veintitantos,



como Jess Reisinger y Bob Dowdy, por ejemplo.

—Por Dios... ¿Qué está pensando?

Dallas sonrió fríamente.

—Ben Beer, el jefe del parador de la New México Owerland, dice que disparó contra uno de los dos hombres que te golpearon y que prendieron fuego a la diligencia. Como ésta ardió completamente, no sabemos si Beer falló el disparo y la bala se clavó en el coche, o bien hirió por detrás a uno de los hombres que te golpearon... Tendremos que ir luego a buscar esa bala, Charlie.

—Espere... —el muchacho estaba pálido—. ¿Está pensando que fueron Jess y Bob los que...?

—No lo sé. Interrogaré luego a Bob Dowdy. Tendrá que darme una explicación muy convincente del por qué alguien disparó contra los dos por la espalda.

—No, no, no... Escuche, de verdad, aquellos dos hombres debían tener la edad de usted. Eran muy fuertes. Sólo vi a uno, pero puede estar seguro de que si hubiese sido Bob o Jess le habría reconocido enseguida. ¿Cómo ha podido pensar eso?

—¿Por el comportamiento de Elizah, Charlie?

—¿Qué pasa con él?

—Maldita sea eso es lo que no sé. Nos está mintiendo, Charlie.

—¿Elizah?

—Él, Charlie, él. Elizah me está mintiendo a mí. A mí, Charlie. Y eso me tiene muy confuso.

—Pregúntele...

—No. Es inútil. ¿Tú crees que Elizah robó aquellos tres mil dólares?

—No lo sé. Elizah no me parece de esos hombres, pero...

—Él me dijo antes que «sí» los robó —Charlie se quedó estupefacto—. Pero no es cierto. No los robó.

—Pero si él lo dice...

—¡No los robó!

—Bueno, no sé...

—Ven conmigo, Charlie.

—Sí, señor.

Entraron los dos en la oficina y Dallas cerró la puerta con llave. Cuando se volvió, Elizah le estaba mirando fijamente. Elizah le conocía bien, pero también Dale conocía a Elizah. Y en los ojos de éste había... alarma. Eso es: alarma.

Struck sostenía un quinqué y Jessica otro, alumbrando lo mejor posible al doctor Pyrek. Bob Dowdy estaba detrás de Jessica y, a pesar de que su rostro quedaba bastante en sombras, Dallas creyó notar cierta palidez.

Le hizo una seña y Dowdy miró a ambos lados y luego se tocó el pecho con un dedo. Dallas asintió y señaló la puerta que daba al departamento de celdas, dirigiéndose hacia allá. Charlie le siguió y Bob Dowdy lo hizo también.

Había un solo quinqué allí dentro, ya encendido.

Dallas entró en una celda, tras hacer un gesto a Charlie para que se quedase fuera. En cambio, a Dowdy le hizo señas de que entrase en la celda.

Señaló el camastro y dijo:

—Siéntate, Dowdy.

## CAPÍTULO V

Robert Dowdy se sentó, sin dejar de mirar a Dallas. Éste preguntó, de pronto:

—¿Puedo ver su revólver, Dowdy?

—¿Mi... revólver?

—Eso he dicho.

—Bien...

Pareció vacilar, pero lo desenfundó y lo tendió a Dale, con la culata por delante. Dale olió el cañón y luego se lo puso en una mejilla. Después abrió el cilindro y echó un experto vistazo.

—Yo diría que este revólver no ha sido disparado hace bastante, Dowdy. ¿Me equivoco?

—Claro que no. Hace días que no disparo.

—¿No practica nunca?

—Algunas veces... Poco, porque yo no me gano la vida con el revólver, marshal.

Dale sonrió agriamente.

—Comprendo. Mi nombre es Dale Dallas, Dowdy, y si le molesta mi placa de marshal, puedo quitármela ahora mismo. Usted está pensando que yo soy ni más ni menos que un pistolero legal, ¿no es así?

—No he pensado...

—¿Qué cree usted que es un pistolero?

—Eee... No sé. Un hombre peligroso, cruel... Un forajido que sabe manejar el revólver y vive de eso.

—¿Los considera inteligentes?

—Los hay que sí y los hay que no, supongo. ¿A qué viene...?

—Acertó: hay pistoleros tontos y pistoleros listos. Ahora supongamos que se quiere nombrar marshal a un hombre que dispara tan bien como un buen pistolero. Habiendo buenos tiradores tontos y buenos tiradores listos... ¿A quién nombraría usted marshal, a un buen tirador tonto, o a un buen tirador listo?

—Pues... A un buen tirador listo... ¿No?

—Exacto. Yo soy ese hombre, Dowdy.

—¿Y a mí qué...?

—Espere. Yo trabajo para la ley, en general, y para el Gobierno en particular. Sí, podemos decirlo así. Soy inteligente, Dowdy. Tanto, que ya hace tiempo aprendí que sólo debía usar el revólver cuando me fallase la inteligencia. Hasta ahora me he visto precisado muy pocas veces a utilizar el revólver y, realmente, no ha sido por fallo de mi inteligencia, sino como complemento de ésta en momentos en que si no disparaba moría. ¿Comprende?

—Sí. Pero no sé por qué me dice todo esto, marshal.

—Le estoy diciendo, Dowdy, que no soy tonto y que, por lo tanto, va a serle a usted muy conveniente no mentir cuando conteste a las preguntas que voy a hacerle. Si cree que yo no tengo derecho a hacérselas, iremos a buscar a Struck y él se las hará.

Bob Dowdy miró hurañamente a Dallas.

—Pregunte lo que quiera. No tengo por qué mentir.

—Bien. ¿Le importa que yo conserve su revólver?

Bob Dowdy comprendió que la pregunta era pura cortesía y que nada iba a conseguir negándose.

—Consérvelo.

—Gracias. ¿Quién les disparó a ustedes, Dowdy?

—Mmm... No lo sé.

—¿Uno o varios hombres?

—Creo que uno.

—¿Uno o varios disparos?

—Varios.

—¿Revólver o rifle?

—Revólver.

—¿De cerca o de lejos?

—Con un revólver sólo se puede disparar de cerca.

—Pero puede ser desde cinco yardas o desde sesenta o setenta.

—Unas... treinta o cuarenta, me pareció.

—¿Sólo dispararon contra Jess Reisinger o también contra usted?

—Contra los dos.

—¿Cuánto hace de eso?

—Mmm... Una..., una hora.

—¿A qué distancia de aquí?

—Como..., como tres millas.

—¿Y ha tardado una hora en recorrerlas?

—Jess cayó del caballo. Yo intenté atender su herida, pero salía demasiada sangre. Me asusté, conseguí montarlo y lo traje para aquí. Fuimos a casa del doctor Pyrek y nos dijeron que estaba en la oficina del *sheriff*.

—¿Sabían usted y Jess que esta tarde habían asaltado la diligencia y que cuatro hombres murieron en el asalto?

—¡No!

—¿No lo sabía?

Robert Dowdy estaba pálido como un muerto. Se había puesto en pie y temblaba violentamente. Se oía el sonido de sus dientes unos contra otros y los ojos parecían a punto de salir de las órbitas.

—Mentira, mentira...

—Le aseguro, Dowdy, que es cierto que asaltaron la diligencia.

—¡Pero no mataron a nadie!

—¿Cómo lo sabe, Dowdy?

—Yo..., yo... Jess y yo estábamos por allí y lo vimos de..., de lejos...

Dale Dallas puso una mano en el hombro de Dowdy y lo empujó suavemente hasta sentarlo.

—Vamos, vamos, Dowdy. ¿No estará pensando que yo voy a creerme eso, eh? Recuerde que soy inteligente. ¿Dónde estaban usted y Jess?

—En..., en los pastos...

—¿Y vieron el asalto?

—¡No!

—Antes ha dicho que sí.

—¡Nadie murió, nadie...!

—Cálmese. Murió un hombre llamado Rick Cline, marshal igual que yo. Murió un indio llamado Jacinto. Y dos hombres más. Uno era un muchacho joven, pelirrojo. El otro era el conductor de la diligencia. Respetaron la vida de la mujer y la de Elizah, que estaba sin conocimiento. Se llevaron quince mil dólares, más lo que llevasen los pasajeros de la diligencia.

—Pe... pero eso es mentira...

—Elizah Bartunek trajo la diligencia hasta Rincón. Dentro llevaba los cadáveres y la dama desmayada. La gente quería linchar a Elizah, pero pudimos evitarlo. Ya se habían cometido bastantes asesinatos y aquella sogá podía aprovecharse mejor para quien la mereciese.

Robert Dowdy miró a Charlie, a Dale, a Charlie... Y de pronto saltó hacia la puerta de la celda, con toda su fuerza, casi derribando a Dallas al cogerlo por sorpresa.

—¡Páralo, Charlie!

Charlie McCoy se apartó, dejó que Dowdy saliera de la celda y entonces lo cazó con un corto al estómago que dejó sin respiración al joven capataz del Círculo Dos Puntos. Pero aun así, Dowdy no estaba dispuesto a quedarse allí. Atizó un puntapié a Charlie en una pierna, un rodillazo que lo habría derrumbado de alcanzarle en el lugar propuesto y un zurdazo que lanzó al patilargo ayudante de Dallas contra las rejas de la celda.

Dale Dallas podía haber liquidado allí mismo y en aquel instante la pelea, pero el destello que vio en el ojo derecho de Charlie (el izquierdo estaba oculto por la hinchazón de los golpes anteriores) le hizo contenerse.

Dowdy intentaba escapar de nuevo, Pero Charlie le agarró por un brazo, le hizo girar, le clavó un estremecedor directo en la barbilla, un cruzado al hígado, un gancho al mentón que hizo rebotar ahora a Dowdy contra las rejas, un corto al estómago y otro cruzado al mentón, que hizo girar a Dowdy sobre un pie, encorvado.

Charlie lo asió por los cabellos, casi lo arrastró hacia el interior de la celda y de una bofetada lo tiró junto al camastro. Seguidamente él se tumbó en el camastro, suspirando tan contenidamente que Dallas se echó a reír.

—Buenos puños, Charlie.

—Por el cielo... ¡Estoy... reventado!

Dallas salió y regresó casi enseguida con un cubo de madera lleno de agua. Le tiró la mitad a Charlie, que se sentó de golpe, respingando, para inmediatamente quedar de nuevo transido de dolor, y riendo, tiró la otra mitad sobre Robert Dowdy, que abrió la boca y encogió el pecho, por la impresión.

Luego, Dallas volvió el cubo del revés, lo puso en el suelo y se sentó sobre él.

—Dowdy, ¿le parece que hablemos más claro que antes?

El capataz del Círculo Dos Puntos sacudió la cabeza, miró a Dallas, a Charlie, con odio en los ojos, y se levantó, pegado de espaldas a la pared.

—Siéntese —invitó amablemente Dallas, pero fría y dura la mirada—. ¡Siéntese! Déjale sitio, Charlie.

Dowdy se sentó, se pasó la lengua por la base del labio inferior, entre éste y los dientes, y luego escupió un poco de sangre. Se tocó cuidadosamente la barbilla y miró de soslayo a Charlie.

—No piense tonterías, Dowdy —susurró Dallas—, y dedíquese a darnos la auténtica explicación de ese asalto a la diligencia y la herida que tiene Jess Reisinger en la espalda. ¿Por qué quería huir, Dowdy?

—Escuche, nosotros no... no matamos a nadie...

—¿Quiénes son nosotros?

—Jess y yo. Bueno, asaltamos la diligencia los dos, ésa es la verdad. ¡Pero no matamos a nadie!

Charlie miró a Dallas. ¿Conque era eso lo que...?

—Cálmese, Dowdy, cálmese. Empiece por el principio. Y no olvide que cuatro muertes son muchas muertes.

—Escuche, nosotros esperamos a la diligencia en Big Yellow Pass. Jess y yo. Solos. Nos alzamos los pañuelos para taparnos la cara y nos encasquetamos bien los sombreros. Sabíamos que allá iban esos quince mil dólares y los queríamos. Cuando les dimos el alto. Elizah Bartunek dejó caer su escopeta y se tiró contra Jess.

—¿No fue eso una tontería? —gruñó Charlie.

—No, Charlie, no —explicó Dallas—. ¿No comprendes? Elizah reconoció enseguida a Jess Reisinger, y como sabía que dentro de la diligencia iban dos hombres demasiado duros de pelar para Jess y Dowdy, saltó contra el muchacho para salvarle la vida.

—Entonces, ¿Elizah estaba de acuerdo con Jess y Bob?

—No. Simplemente quiso evitar que Rick Cline y el pistolero pelirrojo tomasen cartas en el asunto. ¿Qué más pasó Dowdy?

—Jess golpeó a Bartunek en la cabeza, con el revólver. Le dio muy fuerte y Bartunek cayó al suelo. Entonces alguien disparó desde dentro de la diligencia y Jess y yo comprendimos que habíamos perdido la oportunidad y galopamos para alejarnos de allí. Entonces, una de las balas disparadas desde la diligencia alcanzó a Jess en la espalda.

—¿Qué más?

—Hemos estado por ahí. Yo intenté curar la herida de Jess, pero comprendí que no sabría hacerlo. Él quería que lo trajese a Rincón, y entonces esperamos un poco que se hiciese de noche y vinimos hacia aquí, después de inventar eso de que alguien nos había atacado. Le juro, señor Dallas, que nosotros no matamos a nadie.

—Le creo, Dowdy. Ahora todo está mucho más claro para mí.

—Para mí no —masculló Charlie, mirando hoscamente a Dowdy—. ¿Por qué queríais asaltar la diligencia?

—Quince mil dólares, Charlie.

—Sí, ¿eh? ¿Qué le pueden importar a Jess esos quince mil dólares? Comprendo que tú pudieses llegar a jugarte el pellejo por ese dinero, Bob, pero Jess no lo necesitaba.

—Bueno... Él y yo vamos algunas noches a Las Cruces. Está a catorce millas más que Rincón, pero vale la pena. Mmmm... Jessy yo tenemos... asuntos allá.

—¿Qué clase de asuntos?

—Pues conocemos a un par de chicas, nos divertimos. El patrón le da poca asignación a Jess y yo sólo gano sesenta dólares, y eso ahora... Bueno, nosotros pensamos...

—Sé lo que pensaron —dijo secamente Dale Dallas—, divertirse a toda costa. Así empezaron algunos que luego fueron linchados. Ustedes empezaron robando tres mil dólares. Ahora querían quince mil, pero como ya no había ningún tonto que cargase con el robo en el propio rancho, decidieron asaltar la diligencia. ¡Qué inteligencia más clara, Dowdy! ¿Están locos?

—Lo..., lo de los tres mil dólares fue cosa de Jess. Él lo arregló todo.

—Y Elizah Bartunek fue despedido y todo el mundo cree que él robó ese dinero. Y por haber protegido a Jess, por haber callado, todo el mundo le considera un ladrón. Esta tarde pudieron lincharlo. Y ustedes van a divertirse a Las Cruces. Elizah, por su cariño hacia los Reisinger en general y hacia Jessica en particular, prefiere que le culpen a él del robo de los tres mil dólares antes de que Jessica y Josuah Reisinger sepan que los ha robado Jess.

—Usted no sabe por qué Elizah no dijo la verdad...

—Lo sé, porque sé que Elizah habría hecho lo mismo por mí. Para él, ahora, Jessica llena su vida. Se sacrifica por ella, por los Reisinger, para que nadie sepa la cochinado de Jess, y menos que nadie, su propio padre y Jessica. Les evita un gran disgusto. Usted y Jess saben eso y, en lugar de respetar a un hombre como Elizah, acuden a Rincón cuando él sale de la cárcel y le llaman viejo ladrón y quieren golpearle. Y luego asaltan una diligencia.

Robert Dowdy se puso en pie de un salto.

—¡Pero no hemos matado a nad...!

¡Plaf!

También Dale se había puesto en pie y su durísima bofetada casi clavó a Dowdy de espaldas en la pared, sentándolo violentamente en el estrecho camastro.

—Cállese, Dowdy... —siseó fríamente—. Cállese o le aplasto a puñetazos. No diga nada más. Usted es un cerdo. Encima de todo esto, sus proyectos eran casarse con Jessica, ¿no es así? Luego, usted y Jess se darían la gran vida. ¿Verdad? Oh, sí, Reisinger ha encontrado un gran compañero en usted, ¿no es así? Estoy seguro que usted le está enseñando a divertirse. ¿Qué más da que primero se tengan que robar tres mil dólares al propio padre y que



un hombre honrado sea despedido? ¿Qué importancia puede tener asaltar una diligencia? Lo importante es divertirse en Las Cruces.

Pareció que Dallas fuese a golpear otra vez a Dowdy, pero se contuvo.

—Charlie —dijo—, si él intenta salir de aquí, rómpele todos los dientes.

—Sí, señor.

—Y no te fatigues empleando los puños, lo harás mucho mejor con el cañón de ese trasto que tú llamas revólver.

—Está bien. Cuando tenga quince dólares más...

Pero Dale Dallas ya sabía lo que haría Charlie cuando tuviese quince dólares más, de modo que no le hizo ningún caso y salió del departamento de celdas.

## CAPÍTULO VI

Supo quién era apenas verlo. O quizá comprendió qué no podía ser más que él: Josuah Reisinger. Era un hombre de estatura algo más que mediana, de cabellos rojizos y ojos claros. Delgado, pero de aspecto fuerte, ágil todavía. Su boca estaba crispada en una mueca dura y preocupada a la vez, y Dale supo que mientras estaba preocupado por la vida de su hijo, Josuah Reisinger estaba, a la vez, pensando en vengarlo.

Se hallaba junto a Jessica y había quitado el quinqué de manos de Struck, para sostenerlo él. Struck continuaba casi en el mismo sitio, pero Elizah se había separado del grupo y permanecía silencioso y sombrío en un rincón de la oficina.

Josuah Reisinger no pareció darse cuenta de la presencia de Dale, Pero Elizah sí, y lo miró fijamente, como queriendo saber lo que pensaba el marshal.

Dale se lo facilitó. Se acercó a él, lo estuvo mirando unos segundos y, por fin, murmuró:

—Elizah, eres el más estúpido viejo del mundo. Habrías hecho mucho más por el muchacho si hubieses delatado su primera falta. Las consecuencias de tu silencio han sido el asalto a la diligencia. A Jess se le acabaron los tres mil dólares por sus juergas en Las Cruces, y como necesitaba más dinero y ya no podía robárselo a su padre y que otro cargase con las culpas, y como sabía que en la diligencia llegarían hoy quince mil dólares.

—Creo que tienes razón, Dale —casi gimió Elizah—. Ahora, esos muchachos son unos asesinos.

—¿Qué dices?

—Ellos mataron...

—Ven conmigo.

—Prefería... estar aquí, Dale.

—Está bien. Sólo quiero que sepas que ellos no mataron a nadie, Elizah.

—¿Que no...? Escucha, cuando recobré el conocimiento...

—Será mejor que hablemos luego. ¿Ése es Josuah Reisinger?

—Sí.

—Bien. Callémonos ahora.

El doctor Pyrek tardó muy poco en decir:

—Bien... Esto es todo lo que puedo hacer por el muchacho, de momento.

Reisinger lo miró fijamente.

—¿Se salvará? —susurró.

—No lo sé, Josuah. Quisiera poder alentarte, pero te juro que no lo sé. Quien disparó lo hizo bien, con ganas de matar.

—Yo..., yo no comprendo esto... ¡No lo comprendo! Jess es un muchacho bueno, pacífico... No puedo creer que alguien haya querido matarlo.

—También dispararon contra Dowdy, Josuah. Es posible que los confundieran con otros hombres.

—Pues, aunque haya sido confusión, yo voy a...

—¿Señor Reisinger? —interrumpió Dale.

—¿Qué pasa? —Josuah Reisinger miró la placa—. ¿Quién es usted?

El marshal adelantó unos pasos.

—Dale Dallas, agente del Gobierno.

—¿Y qué? ¿Qué quiere?

—Solamente hablar con usted. Esto... Bueno, yo creo que lo mejor en estos momentos sería llevar a su hijo a un lugar más conveniente que éste. ¿Le parece bien, doctor?

—Desde luego —miró a Reisinger—. Podemos llevarlo a mi casa, Josuah. Estaré cerca de él en todo momento, y te juro que si se muere, no será por mi culpa.

Reisinger se mordió los labios.

—Está bien. Sí..., creo que es lo mejor.

—Podemos llevarlo en este mismo camastro —sugirió Struck—. Así irá cómodo y no lo moveremos.

—Lo cual es muy conveniente —apoyó Pyrek—. Pongámonos uno en cada punta, ¿eh?

Struck miró a Dallas, que le hizo un gesto dándole a entender que él se quedaba. Entonces el *sheriff* asió un ángulo del camastro. Pyrek lo hizo con otro y Josuah Reisinger con otro. Quedaba un ángulo. Jessica se dispuso a ayudar a los tres hombres, pero Elizah Bartunek, sin decir palabra, ocupó el ángulo libre.

Entonces Josuah Reisinger lo miró fijamente. Elizah sostuvo la mirada, impávido. Tras unos segundos de tensión para todos, Josuah Reisinger

musitó:

—Gracias, Elizah.

Jessica salió la primera. Dallas se colocó junto a la puerta, y cuando Reisinger pasó junto a él; como había calculado por la posición de los cuatro hombres, le dijo, en un susurro:

—Le ruego que venga enseguida que pueda. Su hija, no. Usted, el *sheriff* y Elizah. Sólo los tres, señor Reisinger.

No recibió respuesta.

Cerró la puerta con llave y fue al departamento de celdas.

Bob Dowdy continuaba sentado en el mismo sitio, con la cabeza entre las manos, silencioso. Charlie se había sentado en el suelo, cerca de la puerta, y al oírlo ladeó la cabeza y le miró.

—Tranquilo, Charlie, hay que esperar.

—Esperar, ¿qué?

Dallas sonrió desganadamente.

—Esperar.

\* \* \*

Abrió la puerta de la oficina y entraron Struck, Elizah y Reisinger.

Elizah dirigió una rápida mirada a Dallas y quiso escabullirse hacia las celdas.

—Elizah.

—Oye...

—Quédate. ¿No sientes pena de ti mismo por ser tan rematadamente tonto?

Bartunek gruñó algo, fue hacia una vieja silla de un rincón y se sentó. Dallas señaló a Struck su asiento tras la mesa y acercó otra, tan desvencijada como la que ocupaba Bartunek, para que se sentase Josuah Reisinger. Éste aceptó, en silencio. Sacó unos cigarrillos, ofreció a Dallas y a Struck y se quedó mirando a su antiguo capataz.

—Elizah.

Éste alzó la cabeza, justo a tiempo para reaccionar rápidamente y coger el cigarrillo que iba por el aire.

Reisinger dijo, tras encender el cigarrillo:

—Sé ya algo de usted, señor Dallas. Espero que lo que va a decir sea tan importante que haya valido la pena separarme de mi hijo en estas circunstancias.

—Su hijo, señor Reisinger, es un ladrón.

El cigarro cayó de entre los dientes de Josuah Reisinger. Estuvo un instante inmóvil. Luego saltó violentamente, desenfundando el revólver, que quedó temblorosamente apuntando al pecho de Dallas.

—Le..., le voy a...

—Siéntate, Josuah —gruñó Rom Struck—. Hace sólo unas horas que conozco a Dale Dallas, pero me gusta escucharle. Y guarda ese revólver.

—¡No voy a permitir...!

—Luego le pedirás cuentas. Cosa que no te aconsejaría de ninguna manera, desde luego, pero allá tú. De momento, guarda eso y escuchemos al marshal. Sé juicioso.

Reisinger guardó lentamente el revólver, mirando con mal disimulada ira a Dale Dallas.

—Está bien, voy a escuchar a este hombre unos minutos, Rom. Sólo unos minutos. Vamos, hable.

Dale no se había inmutado en lo más mínimo. Miró la brasa de su cigarro y repitió.

—Su hijo, señor Reisinger, es un ladrón. Han concurrido a ello especiales circunstancias. Opino que la principal de ellas ha sido cierta compañía poco conveniente para el muchacho. Me estoy refiriendo a Robert Dowdy.

—¿Bob? ¿Qué pasa con él?

Dallas se acercó a la puerta del departamento de celdas.

—¡Charlie! —llamó—. Tráenos a ese tipo.

Casi enseguida aparecieron Charlie y Dowdy. Éste se hallaba verdaderamente abatido, como aniquilado. Quedó de pie en la puerta y Charlie se apoyó en la pared, a muy poca distancia de él.

—Como interesa que estemos todos los interesados, Dowdy no puede faltar aquí, señor Reisinger. Vamos a empezar en el momento en que a usted le faltaron tres mil dólares de su despacho. Quedará bien claro que no se los robó Elizah, sino...

Dale Dallas estuvo hablando durante un cuarto de hora, puntualizando con toda exactitud cualquier detalle del relato. Cuando terminó, Josuah Reisinger había dejado ya de mirar a Bob Dowdy y sabía que todo cuanto había dicho el marshal era verdad. Con la cabeza caída sobre el pecho, susurró:

—No sabía nada... Nada... Por Dios que lo siento... Elizah, sé que no merezco...

—Hay poca cosa que hablar, señor Reisinger —murmuró Bartunek—. Y, aunque hubiese mucha, yo no tengo ganas de hablar. Por mi parte, todo está

perdonado.

—Jessica... Usted quiere así a Jessica, a los Reisinger... Era mi hijo el ladrón y usted... Elizah, quisiera...

—Podemos dejar esto —gruñó Elizah— y pedirle a Dale que nos aclare eso de que los muchachos no son unos asesinos.

—Con mucho gusto. Y es muy sencillo, cuando Bob y Jess se marcharon, el primero herido, llegaron otros asaltantes. Elizah continuaba sin sentido, y por eso, cuando recobró el conocimiento y vio a los cuatro muertos, creyó que los habían matado Jess y Bob. Por eso ha estado amañando bastante burdamente el relato de lo que él realmente vio.

—Pero alguien mató a esos cuatro hombres. ¿Quién o quiénes?

—Bueno, eso es algo que va a quedar para mí solo, de momento. Por lo tanto les ruego que no comenten esto con nadie... hasta que yo les autorice. Es decir, que a partir de ahora todo va a continuar igual. Elizah se quedará en la cárcel, para sentirse protegido, y lo mismo hará Bob Dowdy, ya que puede «temer» que disparen nuevamente contra él por la espalda. No hay que dar ninguna explicación a nadie. Ninguna en absoluto. Todos deben creer que las cosas han sucedido y están sucediendo de acuerdo a la explicación que más extendida está en estos momentos. ¿De acuerdo?

Todos asintieron.

Reisinger murmuró:

—Y ahora..., ¿qué puedo hacer yo?

—¿De qué habla, señor Reisinger?

—Quiero decir que si digo la verdad. Si dijo la verdad, todos sabrán que mi hijo fue quien me robó el dinero, que ha asaltado una diligencia... Yo comprendo que debo aclarar que Elizah no es ningún ladrón, pero... ¿Qué..., qué debo hacer?

Dale Dallas miró hoscamente al ganadero.

—Eso, señor Reisinger, ha de decidirlo usted, supongo. Pero no se precipite. Tiene toda la noche para pensarlo.

—Sí, claro... —se puso en pie; parecía terriblemente cansado, vencido—. ¿Puedo marcharme ya?

—Desde luego. No creo que pueda serle de utilidad a su hijo, pero tampoco va a sernos de utilidad a nosotros. Buenas noches, señor Reisinger.

Josuah Reisinger miró casi tímidamente a Elizah Bartunek.

—Yo haré... ¿Qué cree que debo hacer, Elizah?

—Usted sabrá.

—Comprendo que me guarde rencor...

—Está equivocado. Ya he dicho antes que todo está perdonado. Y no miento nunca.

—Sí... Ahora lo sé, ahora... Puede estar seguro de que voy a hacer lo más honrado, Elizah.

—Estoy seguro de eso.

—Bien... Buenas noches...

—Adiós.

Josuah Reisinger salió de la oficina del *sheriff* con los hombros caídos y los labios temblorosos. Llevaba una gran desesperanza en el corazón, pero sabía que sólo existía un camino para un hombre como él, que siempre había sido honrado.

Dentro de la oficina, Struck comentó:

—Éste ha sido el más duro golpe que Josuah Reisinger ha recibido en toda su vida. Dallas.

—¿Quiere decir que no debí decirle la verdad?

—¡No! Por el diablo, no. Verdades como ésa no conviene ocultarlas jamás. El próximo golpe aún podría haber sido más duro. Jess no ha asesinado en esta ocasión, pero si todo le hubiese salido bien y en la próxima hubiese sido necesario matar... ¿Quién sabe?

—Me alegra que lo comprenda así, Struck.

—Es demasiado fácil. ¿Qué hacemos ahora?

—Yo lo haré.

—Bien, yo también llevo una placa en el chaleco, Dallas.

—Pero sólo de *sheriff* —sonrió Dale—. No se moleste, Struck. Usted es un gran tipo, flexible y comprensivo. ¿Va a molestarle que yo siga... haciendo de las mías durante unas horas más?

—No lo sé. Pero supongo que no puedo evitarlo.

Dallas miró a Charlie.

—Llévate a Dowdy, Charlie. Mételo en una celda, enciérralo con un montón de vueltas de la llave y regresa aquí. Creo que Struck tiene algo que decirte.

Charlie se llevó a Robert Dowdy y regresó inmediatamente. Se plantó delante de Struck.

—¿Y bien, *sheriff*?

Struck farfulló algo, sacó una placa de ayudante de un cajón y la tiró sobre la mesa.

—Charlie McCoy —dijo—, ¿juras defender la ley? Oye, has de levantar la mano derecha.

Charlie miró la placa y luego a Dale Dallas.

—¿Qué hay de los tipos que realmente mataron a esos cuatro hombres, señor Dallas?

—Son cuenta mía.

—¿Del *sheriff*, no?

—Por ahora, no.

—Entonces, si no es cosa del *sheriff*, aún lo será menos de su ayudante, ¿no?

—Exacto, Charlie.

—Bueno, yo no quiero ser ayudante de Struck ahora j. Quiero continuar siendo su ayudante, marshal.

—Escucha, chico, no seas cabezota. No vas a tener otra oportunidad como ésta. Toma esa placa, préndetela en esa vieja camisa y levanta la mano derecha. Struck te hará unas preguntas. Di que sí, que defenderás la ley hasta la muerte y serás un ayudante.

—No.

—Charlie, tú querías servir a la ley, ¿no es así?

—Cierto.

—Bueno, pues hazlo.

—No con esa placa ahora. Yo quiero ir detrás de quienes cometieron cuatro asesinatos.

—Imposible.

—¿Porqué?

—¡Es cosa mía, digo! Ponte esa placa y serás un servidor de la ley. ¿Qué más diablos quieres ahora?

—Servir a la ley.

—¡Pues ponte esa placa!

—Es que si me la pongo no voy a servirla, señor Dallas, porque usted va a dejarme a un lado. Si me pongo esa placa, podrá darme órdenes. Pero si no me la pongo, yo puedo ir adonde quiera y hacer lo que me dé la gana. Y lo que yo quiero hacer es ir con usted a por esos hombres.

Dale Dallas frunció furiosamente el ceño.

—Escucha, mocososo del infierno...

Elizah Bartunek apretó un brazo al marshal.

—¿Por qué no dejas en paz al chico, Dale? ¿Ya perdiste la memoria, quizá?

—¡No he perdido nada! ¡Recuerdo perfectamente que yo era como él cuando tenía veinte años y que...!



Dale Dallas se calló. Tenía ante él tres sonrisas burlonas. Incluso Rom Struck, cuyo sentido del humor no parecía demasiado desarrollado, se permitía la sonrisa en aquella ocasión.

—Sigue, Dale.

—¡Al diablo!

Se puso el sombrero de un manotazo y salió de la oficina.

Charlie se encogió de hombros. Recogió su carabina y fue también hacia la puerta.

## CAPÍTULO VII

Mirna Staples se sorprendió visiblemente ante una inesperada visita en aquellos momentos.

—¿Usted, señor Dallas?

—Espero no molestar, señorita Staples...

—Oh, bueno...

Dallas se tocó el sombrero y pareció ir a volverse.

—Puedo volver en cualquier otro momento.

—No, no... Por favor, pase. Disculpe si... No esperaba visitas a estas horas. Creo que son casi las once.

—Más o menos. Insisto en que si molesto...

—Le ruego que pase.

—Gracias.

Dale entró, ella cerró la puerta y se dirigió a un sillón. Se sentó y, como antes, Dale hizo lo mismo. Ocupaban los mismos sillones.

—¿Es por algo del asalto, señor Dallas?

—Pues, sí. Está bien claro que no es mi intención molestarla demasiado, señorita Staples...

—Le dije todo lo que sabía.

—Fue usted muy amable.

—Y usted también —sonrió ella.

—¿De veras? Muchas gracias. Bueno, si yo no entendí mal, usted piensa seguir viaje hacia el Norte en cuanto pueda, ¿no es así?

—Desde luego. ¿Hay algo que lo impida?

—No, no... en realidad, todo va tan mal que no creo que nadie pueda solucionarlo. Esta noche han herido a un muchacho, hijo de uno de los más ricos ganaderos de la región. El *sheriff* está preocupado. Según he entendido, piensa dedicarse a eso. Supongo que influye no poco la presión del padre de ese muchacho. Pero es que, además, tanto el *sheriff* como yo hemos comprendido que hay muy pocas probabilidades de encontrar a los asaltantes de la diligencia. Han sido demasiado listos. Si hubiesen asaltado la diligencia

por la mañana, podríamos haber salido enseguida detrás de ellos, seguirles las huellas. Pero lo hicieron por la tarde y, en estas condiciones, todo les es favorable. Está claro que por la mañana podríamos encontrar las huellas, pero nos llevarían demasiada ventaja. México está demasiado cerca... De modo que hemos decidido abandonar este asunto.

—¿Usted también?

—No tengo más remedio. Cuando vine a Rincón tenía órdenes concretas. Verá, uno de los hombres que mataron era compañero mío y teníamos que solucionar entre los dos cierto asunto. Al ser muerto él, quedo solitario en esto. Y para continuar, debo ir y ahora hacia el Sur.

—¿Se marcha, entonces?

—Sé perfectamente que le sugerí... Bueno, quizá me precipité un poco... Le aseguro. —Dale pareció consternado— que me gustaría mucho acompañarla hacia el Norte y... protegerla. Bien, el caso es que no puedo hacerlo. Lo siento.

—Yo me doy perfecta cuenta de que un marshal tiene obligaciones, señor Dallas.

—¿Sí? Oh, magnífico. Esto... Es posible que dentro de un par de semanas yo esté en Santa Fe... Quiero decir...

Mirna Staples se echó a reír. Llevaba la misma bata y a Dale le pareció aún más hermosa. Quizá por la hora. Ella parecía algo cansada, lánguida, y esto también podía contribuir a dar un extraño realce a su belleza.

—Es posible que nos veamos en Santa Fe, señor Dallas —acabó de reír Mirna Staples.

—Bueno, no quiero parecerle...

—Le aseguro que..., que me encantaría verlo allí.

—¿De veras? —Dale se levantó, manoseando el sombrero—. Bueno, yo no voy a faltar a esta cita, señorita Staples. Quiero decirle... El *sheriff* Struck y yo hemos quedado de acuerdo. Según entendemos, no es usted necesaria aquí. Sería necesaria si hubiese visto el rostro a alguno de los asaltantes; pero no siendo así, creemos que no debemos retrasar su viaje.

—Se lo agradezco mucho, señor Dallas.

Ella se puso en pie entonces y Dale comenzó a caminar hacia la puerta.

Se volvió cuando estaba junto a ella.

—De todos modos, si usted necesita algo, acuda al *sheriff*. Él la ayudará absolutamente en todo.

—Voy a quedar muy en deuda con usted, señor Dallas.

—Ya... pasaremos cuentas.

Dale sonrió como quien queda a la expectativa de la gracia que ha podido hacer y sonrió más ampliamente cuando ella le miró prometedoramente y dijo:

—Las que usted quiera..., señor Dallas. Mmm... ¿Se va ahora mismo?

—No. Creo que voy a dormir unas cuantas horas. Lo necesito. Y antes pienso beber un par de *whiskys*. También lo necesito.

—Creí que estaba alojado en este hotel.

—Lo estoy. Bueno, ahora tomaré unos *whiskys*, digo, y me acostaré enseguida. He venido a despedirme ahora porque pienso salir hacia el Sur al amanecer.

—Le deseo suerte.

Dale salió de la *suite*. Quedó como indeciso en el pasillo, mirando el sombrero. De pronto, alzó la vista y preguntó:

—¿Hasta Santa Fe, señorita Staples?

Ella sonrió prometedoramente, de nuevo.

—¿Quién sabe? —susurró.

Dale se puso el sombrero, se volvió y se dirigió hacia la escalera. También, como la otra vez, Mirna Staples mantuvo la puerta entreabierta una pulgada escasa, hasta que Dallas desapareció escaleras abajo. Esperó un par de minutos y luego salió de sus habitaciones, fue al extremo del pasillo y llamó a una puerta.

Ésta se abrió inmediatamente y Marion Millanich indicó a la mujer que entrase. Cerró la puerta.

—Lo vi venir. ¿Qué quería esta vez?

—Se marcha.

—¿Quién?

—¿Quién va a ser? Él, el marshal. Se marcha hacia el Sur al amanecer.

—¡Bien! ¿Estás segura de eso, Mirna?

—Todo lo segura que puedo estar. ¿Crees que no es cierto?

—¿Qué fue exactamente lo que te dijo?

—Según parece, tiene que ir hacia el Sur. Yo creo que es cierto, Marion. Ten en cuenta que los dos indios pueblos que hemos localizado, uno nosotros y otro aquél marshal, estaban hacia el Sur. Ahora Dale Dallas tiene que buscar la pista de nuevo, buscar otro indio. Ésas deben ser las órdenes que tenía para un caso imprevisto.

—Es lógico, desde luego.

—Es un muchacho agradable —rió Mirna Staples—. Me ha dicho que si necesito algo puedo pedírselo al *sheriff* de Rincón. Creo que ha dejado

instrucciones expresas respecto a mí.

Marion Millanich sonrió. Pasó los brazos sobre los hombros de la mujer y susurró:

—Eres demasiado bonita para olvidarte fácilmente, Mirna.

—Eso espero —rió ella—. Y otra cosa: podré salir mañana mismo de Rincón con toda tranquilidad. No me necesitan. Todo lo hicimos muy bien, Marion. Ahora, ellos dicen que, puesto que me desmayé y no vi nada que pueda resultarles de utilidad, no tienen por qué retenerme aquí:

—Entonces, todo va bien. Lo haremos como yo tenía pensado. Los demás y yo saldremos hacia Toluma. Tú tomarás la diligencia de la mañana... La que va a Texas, está claro. Temprano, irás a adquirir un pasaje. En cuanto cruces la frontera, tomaras uno de los coches de la Texas Overland. Mejor aún, si a una hora conveniente pasase alguno de la Wells-Fargo. Son más seguros. Tomas pasaje para Santone, pero cuando creas que es el momento te apeas, dejas escapar la diligencia y compras una calesa. Con ella, tranquilamente, puedes dirigirte tú sola hacia Saint Angelo. Y allí nos veremos.

—Está bien. ¿Qué harás tú?

—Primero me aseguraré de que ese marshal sale hacia el Sur. Luego iremos a Toluma a por el oro. Y luego, a Saint Angelo, yo solo, a buscarte, Mirna.

—¿Crees que realmente existe ese pueblo, Marion?

—¿Qué podemos perder por querer asegurarnos de ello?

—Nada. ¿Quieres que me quede?

—¿Dónde está ese marshal?

—Salió a beber algo.

—Entonces, maldita sea, márchate. —Mirna sonrió—. No vamos a echar todo a perder en un momento. Si ese tipo vuelve y quiere hablar contigo, será mejor que te encuentre en tus habitaciones.

—Como quieras. ¿Ya no vamos a vernos hasta Saint Angelo, Marion?

—Eso es.

—Entonces..., adiós...

Mirna Staples ofreció sus labios y Marion Millanich los tomó.

—Mirna...

—Debo irme, ¿no? —susurró ella.

—Maldito sea ese tipo curioso. Está bien, márchate. Hasta Saint Angelo... Ella lo besó brevemente a él.

—Hasta Saint Angelo, Marion querido...

\* \* \*

Dale Dallas salió del saloon con todas sus ideas en orden. Un par de *whiskys* y un rato de pensar habían solucionado casi todo. Sólo faltaba saber si la parte final encajaba en sus ideas o, simplemente, había estado pensando y deduciendo tonterías que a nada concreto iban a conducirle.

Apenas salir vio, la larguirucha figura, la carabina arrastrada por el suelo, el desportillado sombrero...

—¿Qué haces aquí, Charlie?

—Paseando.

—Me parece bien. Buenas noches.

—¿Se va a dormir?

—Sí. ¿Tú no?

—Iré dentro de un momento.

—¿Dónde duermes, Charlie?

—En un granero.

—Buen lugar. Bueno, hasta la vista.

—Hasta la vista, marshal. ¿Puedo preguntarle algo?

—Claro. ¿Qué es?

—¿De verdad se va a dormir?

—¿Crees que podría hacer algo mejor?

—No sé. Quizá se podría hacer algo, ¿no?

—Por ejemplo: dormir. Adiós, chico.

—Adiós...

Dale se dirigió a su hotel. Entró y se dirigió directamente hacia el mostrador.

—¿Su llave, señor Dallas?

—Y mi cuenta. Me voy al amanecer.

—Muy bien...

El encargado del mostrador hizo unas rápidas y poco complicadas cuentas, ya que Dale había llegado aquella misma tarde. Dale pagó, pero antes, mientras el hombre había dedicado su atención a la cuenta, ya había tenido tiempo de echar un vistazo al libro registro.

Había otro nombre, ahora: Marion Millanich. No ponía allí su procedencia ni su destino. Dale estuvo a punto de preguntar si Marion Millanich era un tipo más o menos atractivo, pero de expresión dura, fría. Decidió que no

convenía hacerlo, tomó su llave y subió cansinamente las escaleras. Realmente, necesitaba descansar.

\* \* \*

—Ha dormido poco —rió Marion Millanich—. Eso quiere decir que es un tipo fuerte.

Hablaba consigo mismo. Estaba en la ventana de su habitación en el Cactus Hotel cuando, apenas un rayo de sol en el cielo, el marshal Dale Dallas salía de Rincón, a caballo, hacia el Sur. No había nadie en la calle y el sonido de los cascos del caballo sobre el polvo era una nota monótona, que invitaba al sueño.

Pero Marion Millanich tampoco quería dormir. Esperó a que Dale Dallas, desapareciese por la punta sur de la calle principal y entonces se lavó rápidamente, acabó de vestirse, se colocó el cinto con el revólver y saltó de la habitación.

Cuando pasó por delante de las de Mirna. Staples estuvo indeciso entre llamar o no, pero, en realidad, ni era conveniente ni necesario. Sonrió a la puerta y siguió su camino.

Pocos minutos después, a caballo también, salía de Rincón. Y, apenas media hora más tarde, llegaba a un campamento donde seis hombres estaban ya preparando café.

—¿Queda algo para mí?

Le contestaron con un gruñido general. Uno de ellos gruñó:

—¿Dormiste bien, Marion?

—¡Oh, muy bien! —rió él—. Pero no se trata de eso, sino de que tenemos libre el camino hacia el Norte. Nuestro marshal ha salido hace menos de una hora hacia el Sur. Creo que está bastante desorientado.

—Parecía un tipo listo —comentó otro.

—Parecer no es ser —sentenció alegremente Millanich—. Bueno, ¿me dais café o no?

Le tiraron un pote de hojalata a las manos y él se sirvió café de la humeante cafetera recién sacada del fuego.

—¿Sabéis? —dijo: éste va a ser el mejor negocio de nuestra vida.

—Bueno, esperemos que eso no te haga perder la memoria, Marion.

—¿Por qué dices eso, Horn?

—Prometiste que si todo salía bien, los quince mil dólares serían para nosotros. ¿Lo recuerdas?

Millanich se echó a reír nuevamente.

—¡Al diablo vosotros y esos cochinos quince mil dólares! Venga, todos a caballo. Tú, Carmelo: ¿cuánto hay de aquí a Toluma?

—Treinta y cinco millas. Quizá más.

Hubo gruñidos de protestas. Millanich paseó una irónica mirada por el grupo.

—Bueno, si alguien teme a esa cabalgada puede marcharse ahora. Nos repartiremos Carmelo y yo esos millones.

Muy poco después, siete jinetes cabalgaban hacia el Norte.



## CAPÍTULO VIII

Mirna Staples salió de las oficinas de la New México Overland muy sonriente. Ya tenía el billete. En cuanto llegase a la frontera...

—Buenos días, señorita Staples.

El pasaje casi cayó de las manos de la mujer. Saltó, revoloteó, ella quiso atraparlo en el aire y finalmente cayó al suelo.

—¡Señor Dallas!

Dale se inclinó, recogió el billete y lo miró, muy sonriente también.

—Caramba... Creí que iba a Santa Fe, señorita Staples.

—Yo..., yo... Oh, sí, voy a Santa Fe...

—¿De veras? Bueno, voy a pedir que arreglen esta equivocación. Verá: su billete indica otro destino. Pediré que le cambien este billete...

—¡No!

—¿No? De veras que no la entiendo, señorita Staples.

—Yo puedo ir a donde quiera...

Dale Dallas sonrió fríamente.

—No, señorita Staples —rompió el billete a trocitos menudos—. No puede ir a donde quiera, sino a dónde yo le diga. ¿Dispone de unos minutos para escucharme?

—¡No!

—Yo creo que sí.

—¡Usted se fue esta madrugada, hace más de cuatro horas!

—Pero he vuelto. ¿Quiere venir conmigo?

—¡No haré nada, no quiero ir con usted! Si cree que porque le sonreí un par de veces.

—Señorita Staples: una sonrisa no me impresiona demasiado, a mi edad. Bueno, no es que sea viejo, claro. Sólo he querido decir que ya sé distinguir las muchas clases de sonrisas de una mujer. Mire, podemos hacer dos cosas: o viene usted conmigo sonriendo o yo la llevaré a rastras. Tiene cinco segundos para pensarlo. Y le advierto que nos están mirando.

—Iré con usted.

—Inteligente decisión. Por aquí, por favor... ¿Me permite?

La tomó suavemente de un brazo y fueron caminando calle arriba, hasta detenerse delante de la oficina del *sheriff*. Dale empujó la puerta y luego casi tuvo que hacer lo mismo con Mirna Staples.

—¿Quiere pasar, señorita Staples?

Ella entró, lo hizo también Dale y cerró la puerta con llave. Rom Struck estaba sentado ante su mesa, fumando uno de sus negros y retorcidos cigarros.

—¿Qué tal, Struck?

—Bien. ¿Molesto?

—No, no, de ninguna manera. Lo que va a decir la señorita Staples nos interesa a los dos... ¿A qué sí, señorita Staples?

—La diligencia va a salir...

—Bajaremos su equipaje. Charlie, que es un chico listo y se ha pasado la noche en vela para seguirme al amanecer hacia el Sur, debe estar muy confuso, pobre muchacho. Sin embargo, él comprenderá que debe bajar su equipaje de la diligencia. Ya verá como sí, señorita Staples.

—Yo tengo que marcharme...

Inesperadamente, Dale Dallas abofeteó a la mujer, tan duramente, que ella quedó sentada en el suelo, aturdida. Dallas se inclinó, sonriente. Parecía apesadumbrado.

—¡Cuánto lo siento, señorita Staples...! Creo que la he confundido...

—¡No me toque! —Chilló ella.

—Oh, sólo quiero ayudarla a sentarse en una silla. Es más apropiado, señorita Staples. Yo creo que la he confundido con una mujer que está en tratos con unos cuantos tipos que esta madrugada han salido hacia el Norte... ¿Sabe?: los mismos tipos que ayer asaltaron la diligencia y mataron a cuatro hombres. ¿No quiere sentarse? Así... Eso es... ¿Se encuentra bien, señorita Staples?

Ella no contestó. Miraba a Dale Dallas como si éste fuese más una aparición que un ser real.

Struck masculló:

—Bueno, Dallas, usted sabrá lo que hace, pero creo que pegar a una mujer no es...

—Struck: ¿recuerda que ayer llegó la diligencia con cuatro cadáveres?

—Claro.

—Bueno, ella va a explicarnos 16 que realmente sucedió... ¿no es cierto, señorita Staples?

—¡No!

—Entonces lo haré yo. Vamos a ver... Resulta que hay siete tipos por ahí que buscan lo mismo que yo. Es decir, unos objetos indios o mexicanos, cosa que aún no sabemos, de oro, valorados en algunos millones de dólares. Objetos abandonados, muy interesantes para el Gobierno. Esos siete tipos se enteran de que un hombre llamado Rick Cline, marshal, está buscando a un indio que recuerde algo sobre eso del oro. Y Rick Cline encuentra a un indio. Se llama Jacinto, es muy viejo, pero tiene buena memoria. Se le ofrece una cierta recompensa y Jacinto acepta colaborar con el marshal Rick Cline. Entonces, los dos toman la diligencia hacia Rincón. Bueno, pues, unos cuantos tipos (si no conté mal esta mañana y ayer tarde creo que son siete) se enteran de eso, quizá por medio de uno de ellos, un indio que no sé cómo se llama, pero que muy posiblemente fuese amigo de Jacinto, y, por lo tanto, también sabría algo del oro. Entonces, mientras Rick Cline viene hacia Rincón con Jacinto, los otros tipos vienen con el otro indio. Las dos partes se sienten muy lógicamente interesadas por el oro. Una de las dos partes ha de perder, está claro. Y pierde el marshal, que es el que va más confiado. Bueno, ese grupo de hombres, que también quiere el oro, cuenta con una mujer, Mirna Staples. ¿Qué hacen? La suben a la misma diligencia en la que, para ahorrar tiempo, viaja el marshal Rick Cline. ¿Para qué la suben a la diligencia? Fácil: ella puede enterarse de algunas cosas, charlando con Rick Cline. Y además, a una señorita no se la puede obligar a galopar como a un hombre. Todo está preparado: ella tiene que enterarse de todo lo que pueda antes de que sus compañeros asalten la diligencia, para matar al marshal y al indio... y a quien sea. Quieren el mapa que se supone tienen Jacinto y Rick Cline. Lo quieren para destruirlo después de cotejarlo con el del otro indio, de utilizarlo. Entonces, no demasiado lejos de Rincón, que es el punto de destino de Rick Cline y Jacinto, ese grupo de hombres asalta la diligencia...

—¡Un momento! —exclamó Stock—. ¿No quedamos en que...?

—Cuidado, Struck, no hable demasiado. ¿Vino ya Josuah Reisinger?

—No.

—Entonces, cuidado. Él ha de decidirse si se dice todo o no se dice nada.

—Bueno, pero eso del asalto...

Dale lió un cigarrillo.

—Ocurrió algo sorprendente. Un par de muchachos, tentados por los quince mil dólares que sabían viajaban en la diligencia, la asaltan. No tienen suerte, se ven obligados a huir y, a uno de ellos, un pasajero de la diligencia, que supondremos..., casi aseguraremos fue el pistolero pelirrojo, le mete una bala en la espalda. Inmediatamente, esos dos muchachos desaparecen,

después de haber golpeado a Elizah Bartunek y dejarlo sin sentido. Luego, cuando éste recobra el conocimiento, se encuentra con una mujer desmayada y cuatro muertos. Y cree que han sido los dos muchachos, claro.

Mirna Staples intentó levantarse, pero Dale la sujetó fuertemente.

—Quieta, señorita Staples.

—¡No quiero escucharlo más, no quiero...!

—Señorita Staples: si no se está quieta voy a darle otra bofetada. Una bofetada que quizá arranque ese lindo cutis blando y muestre su piel de serpiente. Sigamos... Elizah Bartunek recobra el conocimiento, ve a los muertos y se dice que han sido aquellos dos muchachos. Es un pensamiento muy razonable, aunque equivocado. Las cosas han ocurrido así: los dos muchachos escapan, los pasajeros de la diligencia se apean para disparar mejor contra ellos. Luego, acuden a ayudar al guarda de la diligencia y entonces... siete hombres aparecen en escena. Matan a todos los vivos, roban los quince mil dólares y pequeñas cantidades a los viajeros y se aseguran de que ni Jacinto ni Rick Cline llevan ningún plano. La mujer, nuestra querida señorita Staples, asegura que no han mencionado ningún plano durante todo el trayecto. Bueno, como ha habido dos asaltos y el único que puede hablar sobre el primero es el desvanecido guarda de la diligencia, lo dejan vivo. Así, el guarda trae la diligencia hasta Rincón, con la «desmayada» señorita Staples y los dos hablan de un grupo de «dos» asaltantes, no de siete. Y como mientras los siete mataban a los pasajeros Elizah estaba sin conocimiento, el pobre hombre no sabe nada del grupo que verdaderamente asesinó a los pasajeros. Interesa que esté vivo, para decir eso y desviar las sospechas que podrían producir los siete hombres al llegar a Rincón y para traer aquí a la señorita Staples. Y ya está. Muertos Rick Cline y Jacinto y no habiendo, al parecer, ningún plano en su poder, todo sigue adelante. Entonces llegan aquí, queman la diligencia porque piensan que quizá el plano esté escondido en ella y esta mañana, después de ver que otro «Estúpido» marshal llamado Dale Dallas se va hacia el Sur, ellos se van hacia el Norte. En un pueblo llamado Toluma encontrarán el oro, luego se encuentran en Texas y ya está. Todos contentos y con mucho dinero y cuatro hombres muertos entre ellos un marshal. ¿No es así, señorita Staples?

—No, no, no...

¡Plaf!

Otra violentísima bofetada derribó a Mirna Staples al suelo, con silla incluida. Dale Dallas estaba lívido y Struck se preguntó hasta qué punto el marshal conservaría la serenidad.

—Dallas —musitó—, es mejor que se serene un poco.

—Tiene razón —suspiró Dale—. Levántese, señorita Staples... No voy a pegarle más. Dígame: ¿fueron hacia Toluma sus amigos?

—¡Usted no puede saber eso...!

—¿No? —Dallas sacó un trozo de piel de un bolsillo de su cazadora—. ¿Sabe usted qué es esto? Un plano. ¿Sabe dónde estaba? —se echó a reír—. Creo que ni usted ni yo fuimos demasiado listos..., sólo que yo anoche me dediqué a pensar y luego fui a buscar el plano en el único lugar de las botas de aquel muchacho pelirrojo, compañero de viaje de usted, de Jacinto, de Rick Cline..., ¿no cree que Rick Cline fue bastante listo? Ahora yo sé hacia dónde están cabalgando sus amigos, gracias al plano. Oh, claro, lo sabría de todos modos, comprenda: sólo tendría que seguir a esos siete jinetes que vi salir hacia el Norte y ellos mismos me llevarían al lugar exacto. Enciérrela, Struck.

Rom Struck no consiguió cerrar la boca.

—Linda, venga conmigo.

—¡No!

Dallas se echó a reír, mirando torvamente a la mujer.

—Pienselo bien, señorita Staples. Si Struck no puede llevarla a una celda, voy a hacerlo yo. Elija.

Mirna Staples pareció aterrorizarse.

—Iré con el *sheriff*, sí...

Rom Struck soltó una risita aguda, guiñó un ojo a Dallas y asió de un brazo a Mirna, llevándola casi a rastras hacia las celdas. Cuando salió, agitando el manajo de llaves y seguido de Elizah Bartunek, Dale Dallas no estaba allí.

—Maldito sea... ¿Dónde diablos se habrá metido?

—No se preocupe por él —sonrió Elizah—: sólo tenemos que esperarle.

—¡Esperarle! ¿Cree que un hombre solo va a vencer a siete?

—No sé. Yo voy a esperar aquí a Dale, tranquilamente. Y si no quiere fastidiarlo, Struck, haga lo mismo que yo.

\* \* \*

Afuera, en la calle, ya casi en el extremo norte de Rincón, Dale Dallas se volvió, frunció el ceño.

—¿Adónde vas, Charlie?

Charlie McCoy sonrió y, más que nunca, pareció un niño que ha crecido descomunadamente por sorpresa.

—Oh, creo que me daré un paseo...

—Siempre de paseo, ¿eh?

—¿No soy libre?

Dale vio algo que le hizo sonreír burlonamente.

—No demasiado, Charlie.

Y justo entonces se oyó la aguda voz femenina, ansiosa:

—¡Charlie!

El muchacho se volvió. Jessica Reisinger corría hacia allí, alzándose las faldas un poquitín. Y Dale Dallas se alejaba silbando Aquellas montañas, hacia el Oeste... Charlie vaciló entre esperar a una o seguir al otro, pero cuando se estaba decidiendo, Jessica llegó junto a su caballo y se asió al estribo de aquel lado con ambas manos.

—¿A dónde vas, Charlie...? —jadeó.

—Con el marshal.

—Pero ¿adónde?

—¿Qué diablos te importa a ti?

—¡Oh, Charlie, sí me importa!

—¿Y Bob Dowdy?

—¡Charlie! ¡Nunca me importó Bob! Jess quería que fuese novia de Bob, pero jamás le hice caso... Charlie, no te vayas ahora...

—Bueno, quizá vuelva.

—¿Quizá? —Jessica palideció—. ¡Charlie! ¿Qué vas a hacer?

—Voy a cazar asesinos.

—¡No! ¡No, por Dios...! ¡Me lo temía, me lo temía! ¡No vayas!

—Mira, Jessica, no me fastidies más... Hace tiempo que te quiero, ¿no? Bueno, creo que soy un idiota por decírtelo. Pero no voy a ser tan idiota de esperar nada, ni de creer que tu interés por mí sea el que yo quisiera. Así que lárgate y déjame tranquilo. ¿De acuerdo?

Los ojos de la muchacha se llenaron de lágrimas.

—Charlie, yo te quiero... —musitó—. ¡Pero siempre has sido tan arisco y estúpido! Muchas veces me las he arreglado para encontrarme contigo y tú te has marchado con cualquier pretexto... Nunca me has hecho caso... Pero ahora no voy a suplicarte nada, no voy a pedirte que te quedes. Si te gusta hacerte matar, vete con Dale Dallas. ¡Vete con él, a ver si te estropean más ésa, cara de cretino abofeteado! ¡Vete con él, Charlie McCoy! ¡Ve con él, demuéstranos a todos que Charlie McCoy no es un desdichado gandul, sino un hombre capaz de todo...!

Charlie McCoy sonrió suavemente.

—Eso es exactamente lo que pretendo, Jessica. Cuando vuelva con el marshal ya nadie se reirá de Charlie. ¿Me esperarás, Jessica?

Jessica Reisinger inclinó la cabeza, desalentada.

—Te esperaré, Charlie.

## CAPÍTULO IX

La voluta de humo ascendió rápidamente hacia el cielo, de un azul pálido, cegador por el intenso reflejo del sol. El estampido se extendió, se expandió, se multiplicó cada vez más tenuemente en el gran cañón de tierra rojiza, parda y morada.

El indio Carmelo cayó desde lo largo de la cortada, con la frente agujereada por el trozo de plomo.

John Meyr soltó una risotada.

—¿Cómo diablos podía creer ese idiota que íbamos a darle una parte de todo eso? ¡Un cochino indio!

Carson Black comentó:

—Esperó que no opines lo mismo de nosotros, Meyr.

—No digáis tonterías, Black —atajó Millanich—. Estamos todos juntos hasta el final. ¿De acuerdo?

—Pero el indio...

—¿Por qué diablos íbamos a darle una parte, idiota? ¡Al diablo con los indios! Tenemos ahí varios millones de dólares, ¿no es así? Los vamos a repartir entre nosotros y eso es todo. El indio ya ha cumplido su trabajo —se oyeron algunas risitas—. Así que vamos a olvidarlo inmediatamente. ¿De acuerdo, Black?

—De acuerdo, Millanich.

—¿Qué hacemos ahora? —preguntó Fred Mueller.

—Pues es muy sencillo: vamos a bajar todo este oro. Luego, seguiremos hacia la frontera con Texas. Allá nos lo repartimos todo y cada cual que haga con su oro lo que le dé la gana. ¿Os parece bien?

—A mí, sí —dijo Percy Keyes.

También los demás estuvieron de acuerdo.

—Pues a trabajar. No me gusta este poblado indio. Vamos a alejarnos de aquí cuanto antes.

Estaban en el borde de un profundo precipicio. Abajo, los caballos se veían a menos de la mitad de su tamaño. El cañón era largo y ancho. Parecía



arder en un fuego multicolor, reseco de punta a punta. Cabía la pregunta de cómo podían vivir o haber vivido allí los indios.

Detrás de los seis hombres blancos estaba Toluma, la ciudad de una tribu de apache-pueblos abandonada muchos años atrás. Las casas eran de adobe, es decir, arcilla amasada con paja en forma de ladrillos cuadrados, grandes y luego secados al sol. Estaban unas encima de otras, separados techos de pisos por largas vigas que sobresalían por la fachada. Todavía se veían algunas escaleras de mano, largas, que los indios habían utilizado para llegar a sus respectivas viviendas, pero los troncos se quebraban apenas tocarlos, casi convertidos en polvo. Habían tenido que utilizar cuerdas para llegar al lugar que indicó Carmelo. No había sido fácil, ni mucho menos.

La ciudad estaba como incrustada en una de las paredes del cañón y sólo al amanecer recibía directamente la luz del sol. De otro modo, habría sido imposible vivir allá. De este modo, al quedar en la sombra de aquel cañón olvidado por el hombre blanco, y, al parecer, incluso por los propios indios, Toluma no podía ser vista a menos que se fuese expresamente allí, a buscarla. Era un puñado de jacales deslucidos, opacos, pero en una de las paredes de uno de ellos, en lo más alto, Carmelo había encontrado el oro. Un millón, dos, tres... Quizá diez. No se podía calcular... por el momento.

El silencio en el cañón era terrible, como si estuviese ahogado por el calor que amenazaba con deshidratar a los hombres y que parecía aplastar a los caballos. Ni una nota verde.

Nada. Sólo de trecho en trecho, un cactus largo, reseco, de un tono gris o marrón debido al polvo que levantaban los vientos del cañón.

Todo roca, sol y polvo.

Y silencio.

Un silencio que casi tenía «sonido» propio en los oídos de los seis hombres, como un grito de soledad, de vacío, de angustia...

Arriba, habían aparecido ya algunos cuervos. Debían saber el significado de un disparo. Ya debían haber visto al viejo indio Carmelo, aplastado en el rojo suelo, a la sombra de la pared del cañón.

Valiéndose de las cuerdas, los seis hombres fueron bajando los objetos de oro, metidos en los petates de lona que habían llevado con tal propósito.

El sudor chorreaba por todos los rostros y cuerpos..., pero muy brevemente, porque enseguida era absorbido por el calor. Aquel calor que parecía meterse debajo de la piel, como una brasa que cubriese todo el cuerpo.

La dura tarea fue llevada a cabo sin un solo momento de vacilación o desmayo. Luego, desde los lugares en que habían estado trabajando, los seis

hombres fueron descendiendo por la pared del cañón hasta reunirse en el fondo, cerca de los caballos.

Fred Mueller se tumbó en el suelo, a la sombra.

—¡Esto es un maldito infierno...!

—¿Podemos descansar un rato, eh, Millanich? —sugirió Keyes.

—Claro. No conviene perder tiempo, pero tampoco hay que reventarse. ¿Para qué?

Luy Horn sacó la bolsita de tabaco, lió un cigarrillo y la dejó en el suelo, al alcance de cualquiera que le apeteciese.

—Yo viviré en Galveston... —susurró—. Siempre me ha gustado el mar. Quizá me compre un barco.

—Tonterías —dijo Carson Black—: si quieres vivir bien has de ir hacia el Este: Nueva York, por ejemplo...

El sol parecía describir giros de locura en los altos, parecía latir a cada ramalazo de calor, de fuego abrasador...

—Ya deben ser las cuatro de la tarde —dijo Millanich quince minutos después de tomado el descanso—. Salgamos de este lugar. Hay muchas millas que recorrer antes de llegar a Texas. Vamos a utilizar el caballo de Carmelo para llevar todo el oro.

—Es una buena idea.

Reunieron todos los petates y distribuyeron el contenido sólo en cuatro. Luego, cargaron al caballo de Carmelo con ellos, amarrando con cuerdas los bultos sólidamente.

—Éste es un caballo que vale su peso en oro —dijo John Meyr.

Y los demás rieron.

Millanich fue el primero en montar y cogió las bridas del caballo que llevaba el oro. Fue también el primero en ponerse en marcha hacia la salida del cañón, en dirección al Este, hacia Texas. Minutos después, el grupo se hallaba en el centro del cañón, a pleno sol, cabalgando sin prisas, que únicamente habrían servido para aniquilar algún caballo.

Y Marion Millanich fue el primero en morir.

Fred Mueller lo vio muy bien, porque en aquel momento iba a decir algo y lo estaba mirando: la cabeza de Millanich estalló como si dentro hubiese habido una carga explosiva; el sombrero saltó hacia arriba, con huesos, cabellos y sangre. Luego, se oyó el estampido de un disparo, restallando por encima de sus cabezas, tronando todo el cañón. Por fin, en la pared opuesta, a más de doscientas yardas, en lo alto, vieron la nube de humo que subía deshilachándose hacia el cielo.

Para entonces, Fred Mueller estaba mirando con incredulidad su propio pecho, lleno de sangre, justo allá donde había sentido aquel golpe... Murió bizqueando, incrédulo: ¿a él le habían matado?

Tanto Millanich como Mueller habían caído ya al ardiente suelo cuando sus compañeros lanzaban sus caballos a todo galope hacia atrás, hacia la otra salida del cañón.

El caballo de Carmelo quedó suelto, asustado e indeciso.

Percy Keyes soltó una maldición, manejó brutalmente las bridas y su caballo casi cayó de lado debido al violento giro. Keyes le obligó a galopar hacia el caballo de Carmelo, lo persiguió durante unas cuarenta yardas y justo cuando conseguía agarrar las bridas su cabeza estalló casi igual que poco antes la de Millanich...

Y el caballo de Carmelo quedó nuevamente suelto.

John Myer, Luy Horn y Carson Black galopaban hacia la otra punta del cañón. El oro era secundario comparado con la vida. Y mientras galopaban, disparaban sus rifles hacia lo alto de la pared del cañón, vueltos hacia allí, hacia donde iban brotando las nubecillas de humo...

El caballo de Carson Black relinchó agudamente, de pronto, cuando los tres jinetes estaban a menos de cien yardas de la salida de aquel cañón que se cruzaba con otro. Black salió disparado a no menos de cuatro yardas de altura, cayó de espaldas, pero se puso en pie de un salto.

Inmediatamente cayó fulminado por otro balazo, que le acertó justo en el corazón.

Luy Horn maldijo entrecortadamente.

—¡Hay por lo menos dos! —el jadeo y el miedo casi le impedían hablar—. ¡Meyr, nos han metido en una trampa...!

John Meyr estaba completamente desconcertado, tan asustado como Luy Horn. Habían detenido los caballos, que se movían nerviosos de un lado a otro, relinchando fuertemente.

Meyr se pasó la lengua por los labios, reseco como nunca en su vida. La mirada parecía de loco.

—¡Desmontemos, Horn! ¡Vamos hacia esas peñas!

Otro disparo desde la salida del cañón orientada hacia Texas, se dejó oír, bastante más cerca que antes. El hombre que manejaba aquel rifle no se había quedado quieto, eso estaba claro.

Y Meyr no necesitó desmontar, porque el balazo lo arrancó de la silla, lo revolcó por el ardiente suelo. Llevaba en las manos su rifle y, cuando, casi muerto ya, apuntaba hacia el hombre que por primera vez conseguía divisar

en lo alto del cañón, el otro enemigo disparó y pareció que la bala fuese a hundir a Myer en la roja tierra.

Y así, Luy Horn se encontró solo en el cañón, lleno de miedo, sin oro y sin amigos cuyas muertes pudiesen ir aplazando la suya.

Y el silencio volvió a reinar en Toluma, la ciudad muerta de los apache-pueblos. Un silencio que enloqueció al ya desquiciado Luy Horn, que comenzó a gritar, blandiendo su rifle.

—¡Aquí me tenéis a mí! ¡Aquí me tenéis! ¡Bajad a buscarme! ¡Bajad a buscarme...!

Comenzó a disparar, sin orden ni concierto, loco de furia y de terror, de rabia y de impotencia..., hasta que el último disparo resonó en el cañón. Y este último disparo no lo había efectuado Luy Horn.

Y de nuevo el silencio, quebrado muy poco después por una voz de hombre, que fue rodando por las paredes del cañón:

—¡Charlie...! ¡Charlie! ¿Estás ahí..., estás ahí..., estás ahí?

—¡Hola, marshal..., marshal..., marshal...!

Después, casi a la vez, dos jinetes aparecieron en el cañón, uno por cada punta, cabalgando lentamente, muy echados los sombreros sobre los ojos.

Se encontraron en el centro, bajo el sol que hacía brillar la sangre sobre la tierra.

Dale Dallas tendió su mano.

—Sabía que ibas a seguirme —sonrió—. ¿Te fue bien esa parte del cañón?

—Bueno, juzgue usted mismo.

—Buena respuesta. Esto... ¿Sabes que esa carabina no va demasiado mal?

—Va mal —dijo Charlie—, pero llevo mucho tiempo practicando con ella. Cuando tenga doscientos veinticinco dólares...

—Oh, ya sé, ya sé... Un buen rifle, ¿eh?

—Exacto. Un «Winchester» de doce tiros. En total necesitaría doscientos cuarenta dólares... ¿Demasiado dinero, verdad?

—Si continuamos mucho tiempo bajo este sol no vamos a necesitar nunca nada. ¿Regresamos?

\* \* \*

Rom Struck miró calmamente a su excitado informador.

—Está bien, está bien, Caldwell; ya salgo, deja de gritar.

Se puso el sombrero primero; luego, quitó los pies de encima de la mesa. Después se puso en pie y salió de la oficina sin inmutarse.

Era cierto.

Los dos jinetes se recortaban claramente hacia el fondo de la calle, contra el cielo morado-rojizo del ocaso. Caminaban juntos, por el centro de la calle, rodilla con rodilla, y llevaban tras ellos seis o siete caballos, todos cargados. Rom Struck sabía cuál era la carga de aquellos caballos. Sólo una cosa desconocía y fue lo que preguntó cuando en medio de un silencio más increíble que el de cualquier cañón, los dos jinetes detuvieron sus caballos ante el porche.

—¿Qué tal, Dallas? ¿Era cierto lo del oro?

—Ahí lo traigo.

—¿Cómo se portó Charlie, eh?

—Regular —sonrió Dallas. Parecía como si todo fuese la cosa más natural del mundo—. ¿Alguna novedad en Rincón?

—Una: Josuah Reisinger ha dicho la verdad a todo el mundo, este mediodía. Y ha pedido perdón a Elizah públicamente, rogándole que vuelva al Círculo Dos Puntos. Elizah ha aceptado.

—¿Y Bob Dowdy y Jess Reisinger?

Jess se salvará, parece. Serán juzgados por el intento de asalto a la diligencia. Se va a recomendar cierta indulgencia al jurado, aunque no demasiada. Unos dos o tres años de cárcel van a sentarles bien a esos dos chicos tan... divertidos. Ah, Dallas, otra cosa: llegó un telegrama para usted. Me he permitido abrirlo porque me pareció que quizá era algo tan importante que merecía que yo cabalgase cuarenta millas detrás de usted.

—¿Y...?

—Reclaman el cadáver de Rick Cline para Santa Fe. De modo que esta tarde no le hemos enterrado.

—Bien. Tendré que ocuparme ahora...

—Está hecho: envié el cadáver, en su ataúd, a la estación más cercana del ferrocarril, en una carreta.

—Gracias, Struck. ¡Bueno!, habrá que descargar todo esto... Los cadáveres, a la funeraria, y el oro lo meteremos en una celda, de momento... ¿Y Elizah?

—En casa del doctor Pyrek. Dijo que le avisase su llegada, pero supongo que no es necesario... Allí viene ya. Y Charlie se va.

—¿Qué Charlie...? —Dallas sonrió cuando al volver la cabeza, vio al muchacho llevando su caballo al paso, hacia el porche de una de las casas de

la acera de enfrente—. Bueno, dejémoslo... Bonita chica, ¿verdad?

Jessica bajaba en aquel momento del porche, detrás de Elizah, y mientras éste continuaba hacia la oficina del *sheriff*, ella se detenía junto al caballo de Charlie.

—Escucha, Jessica: no voy, a ser vaquero, ni capataz, ni nada que no sea llevar una estrella al pecho.

—Sí, Charlie.

—De modo que entérate: ganaré cuarenta dólares al mes, dentro de algún tiempo sesenta y con suerte setenta. Bueno, claro, que siempre puedo cobrar alguna recompensa... ¿Te conformarás?

—¿Acaso puedo decir que no, queriéndote como te quiero, tonto Charlie McCoy?

Entonces, sí, Charlie McCoy desmontó.

Elizah llegaba junto a Dallas, que acababa de desmontar, tras convencerse de que todo iba bien entre los muchachos.

—Lo conseguiste, ¿eh, Dale?

—Sí.

—Era inevitable —suspiró Bartunek—. Eres un auténtico diablo, muchacho.

—No exageres, Elizah. Sólo soy un marshal. Diantres, no me gustaría que cuando se hablase de mí dijese que había pasado un diablo por Rincón.

—¿Qué debemos decir, entonces?

—Pues eso, simplemente: ha pasado un marshal.

## ESTE ES EL FINAL

Jimmy se quedó admirado delante de Charlie McCoy, el ayudante del *sheriff* Struck. Éste no se hallaba en la oficina y Charlie se había sentado en su sillón y colocado los pies sobre la mesa. Un cigarrillo colgaba de sus labios. Habían pasado dos semanas y ya no había huellas de golpes en su rostro.

—Hey, Jimmy: ¿qué ocurre, chico? —sonrió Charlie.

—Oye, Charlie: ¿de verdad me enseñarás a disparar algún día?

—Cuando tengas bigote... O cuando tengas veinte años, aunque no tengas bigote. ¿Cuántos tienes ahora?

—Nueve... Oye, Charlie, tú eres un tío formidable, ¿verdad?

—Hombre...

—Tu novia es la más bonita de por aquí, ¿eh?

—Y de por allá, Jimmy, y de por allá. ¿Qué es lo que quieres, Jimmy?

—Oh, me gusta verte sentado en esa mesa, con pantalones nuevos y camisa limpia. Mamá decía antes...

Jimmy se sonrojó, pero Charlie era demasiado feliz para prestar atención a aquellas tonterías.

—¿Qué decía tu madre, Jimmy?

—Yo..., yo he venido a decirte que tienes un paquete, Charlie.

—¿Oh, sí? Bueno, tráemelo, hombre, te daré diez centavos.

—¿Sí?

El chiquillo salió corriendo y regresó casi enseguida de la cercana estafeta de Correos con un paquete cuyo peso le hacía vacilar, largo, muy envuelto en papel áspero. Charlie se mordió los labios al verlo. Jimmy se acercó a la mesa y lo dejó caer bruscamente, resoplando. Charlie se lo quedó mirando, sin atreverse a tocarlo siquiera.

—Bueno, ¿no vas a abrirlo, Charlie?

—Sí, claro...

En efecto.

Era un «Winchester 73», de doce tiros, nuevo flamante, con una funda de cuero de las más bonitas que Charlie había visto en su vida. Además, había un

«Colt 45» y una funda para esta arma también. Y cinco cajas de cartuchos, una para rifle y cuatro para revólver.

La mano de Charlie McCoy casi temblaba cuando, lentamente, se fue adaptando a la culata del revólver, como si estuviese acariciando algo que podía romperse de un momento a otro... Jimmy lo miraba todo con los ojos muy abiertos, mudo de asombro y admiración.

Había también un sobre.

Charlie lo abrió. Dentro, en un papel, ponía simplemente:

Como quiera que ya estoy completamente seguro de que servirás siempre a la ley, creo que debo ayudarte en algo. Buena suerte, Charlie.

Dale Dallas.

—¡Charlie!

—¿Qué ocurre, Jimmy?

—Te estoy hablando y no me haces ni caso... ¿Me enseñarás a disparar con ese revólver, eh, me enseñarás, Charlie?

—Seguro, Jimmy.

Charlie McCoy sonrió amablemente.

—Cuando esté seguro de que servirás siempre a la Ley, Jimmy.

FIN